

BIBLIOGRAFIA

LIBROS

EUGENIO ORREGO VICUÑA: Madrid, 9 de Octubre 1935. — Señor «Don Andrés Bello.» don Eugenio Orrego Vicuña.

¡Qué libro tan suculento ha escrito Ud. sobre Bello! De hoy más quedarán ustedes unidos para los estudiosos, en las Letras de Chile. Don Andrés y don Eugenio: magnífico! A tanto lo encumbra ese trabajo tan hondamente pensado y tan generosamente escrito. Recuerdo otro trabajo de usted sobre Bolívar. Lo tenía aparte, entre mis libros sobre Historia de América, para consultarlo y aprovecharlo en el momento oportuno; pero ha desaparecido.

Hágame, pues, la merced de remitirme su trabajo sobre Bolívar.

A usted no se le conoce tanto como lo merece por estas latitudes. Mande su libro al Ateneo, a la Biblioteca, a don Ramón Menéndez Pidal, a don Américo Castro y a los periódicos. Yo pienso escribir un artículo sobre su hermosísimo «Don Andrés Bello». Para algún diario de Madrid, naturalmente. Allí entraré en detalle sobre la importancia de la obra. Inútil, pues, que ahora lo haga. Pero sepa usted que mi admiración como lector y mi gratitud como venezolano corren parejas.

Las personas y las cosas de Chile me interesan mucho. Chile es uno de los pocos países americanos que tienen como México, carácter propio, bien definido. Pero queda tan lejos! Sabemos tan poco, a esta distancia, de Chile! Tan poco para lo que quisiéramos saber!

Concluyo: mi gratitud, por su «Don Andrés Bello», a propósito del cual escribiré algo y quedo esperando lo otro.

Su afmo. amigo y admirador.—**R. Bianco Fombona.**

ALCIBIADES ROLDAN: Entre los trabajos que forman los dos tomos publicados por la Universidad de Chile en homenaje a su ex-Rector, don Domingo Amunátegui,

con ocasión de celebrar el 75.º aniversario de su nacimiento, se destaca por la profundi-

dad de sus conceptos, por la claridad de su desarrollo y por el método sintético con que está escrito, el titulado «Del Gobierno Parlamentario al Sistema Presidencial», de que es autor el distinguido publicista, ex-profesor y ex-Ministro de Estado, don Alcibiades Roldán.

Llama la atención el estudio del señor Roldán, porque hace plena luz sobre diversos problemas de nuestra historia nacional, que han sido objeto de frecuentes debates y de movidas controversias.

Uno de los problemas más interesantes del desarrollo político de Chile, es el que se refiere a la transformación gradual de sus formas de gobierno, a través de las instituciones constitucionales que han regido el país. La paulatina transformación del régimen político chileno abarca períodos que ocupan toda la historia del país, con etapas bien diseñadas y bien claras. La Carta fundamental promulgada en 1833, el sistema de gobierno seguido en conformidad a sus preceptos por los gobiernos de Prieto, Bulnes y Montt, don Manuel; los primeros síntomas de resistencia a la autoridad presidencial y por consiguiente al espíritu de la ley de 1833, durante el Gobierno de Pérez, la intensificación de estos síntomas durante la presidencia de Errázuriz Zañartu hasta las reformas constitucionales de 1874, y después la lucha no siempre manifestada el forma clara, pero latente en todo momento entre el Poder Legislativo y el Ejecutivo a través de los gobiernos de Pinto, Santa María y Balmaceda hasta culminar con el conflicto de 1891; por último el apogeo de la autoridad del Legislativo y por consiguiente la anulación del Ejecutivo, desde el triunfo de la revolución del 91 hasta la reforma constitucional de 1925 han sido estudiados por el señor Roldán en sus páginas, en forma profunda, elegante y concisa.

Uno de los escritores que se han referido a la historia política de Chile, con mayor profundidad de visión y al mismo tiempo con mejor, más amplio y sólido conocimiento, don Alberto Edwards, publicó en 1903 un folleto sobre «Los partidos políticos chilenos», valioso antecedente de sus obras posteriores acerca de «El Gobierno de don Ma-

nuel Montt», publicada después de la muerte del autor y «La fronda aristocrática» que ya en 1928 hizo mucha luz sobre la historia política nacional. En las obras citadas del señor Edwarss hay referencias inapreciables y es interesante observar cómo sus conclusiones coinciden con las que se deducen del trabajo del señor Roldán.

Cuando entre nosotros se habla de la Constitución que nos rige, poco se medita que la obra de 1925 fué en el fondo retornar al auténtico, al verdadero espíritu de la Carta de 1833, con las modificaciones inherentes al trascurso de cerca de un siglo de la vida del país. Los formadores de la República buscaron en las disposiciones de 1833, consolidar una ley que permitiera al Gobierno central del país desarrollar el máximo de labor en beneficio de los intereses de la nación y para el progreso general de ésta.

El objetivo esencial de los constituyentes de 1833, fué el de establecer un Poder Central, un Poder Ejecutivo, con el máximo de autoridad y cuya acción abarcara toda la vida del país. Así lo exigían las circunstancias de la época y la dolorosa experiencia de la vida chilena desde la caída de O'Higgins en 1822 hasta el advenimiento de los «pelucones» después de Lircay en 1830. Estos conceptos y estas ideas pueden criticarse hoy día, pasados cien años de los sucesos que las movieron. Las críticas han sido exageradas y uno de los publicistas más moderados, don Luis Galdames, no ha vacilado en afirmar en su libro «La evolución constitucional de Chile» (Pág. 895) que la Carta de 1833 «formaba un conjunto de disposiciones armónicas, encaminadas a un solo fin: organizar el Estado bajo apariencias republicanas, pero a base de instituciones monárquicas». Creemos que este juicio es exagerado y, en todo caso, no puede desconocerse el hecho fundamental que da lustre y gloria a esas primitivas disposiciones de 1833: a su sombra la República adquirió durante los gobiernos de Prieto, Bulnes y Montt su más sólida organización y su más fundamentado prestigio. El jefe del Estado que en los primeros regímenes de la vida política chilena designaba a los Ministros, y con quien colaboraba en sus tareas propias un Parlamento, diverso en su generación, en su composición, en su número y en la calidad de sus componentes, del actual, era, sin exageraciones, el amo del país. Los demás Poderes Públicos: el Legislativo y el Judicial, estaban supeditados por el poder del presidente y no existía la posibilidad de roces violentos entre los poderes por la falta de equivalencia, de proporción en las facultades respectivas de cada cual. El espíritu individualista de nuestra clase gobernante, difícil de ser gobernada, formó aquello que don Alberto Edwards, calificó como «fronda aristocrática». En una palabra, los miembros del Parlamento, elegidos en los primeros tiempos por gracia presidencial y por obra del Gobierno, con el trascurso de los años y por la concurrencia de factores muy complejos y variados que no es del caso analizar, fueron poco a poco luchando por obtener mayores derechos que les permitie-

ran a los grupos políticos, mirar de frente la autoridad presidencial. Después de la escisión del viejo partido «pelucón» y en los Gobiernos que sucedieron al de don Manuel Montt, la historia política es, con insignificantes alternativas, la relación de los esfuerzos del Poder Legislativo por disminuir, por atenuar, por dominar en una palabra, la autoridad presidencial. Esta historia, cuyo campo de batalla fué el recinto del Congreso, terminó con el conflicto de 1891, en que el Presidente, forzado por circunstancias conocidas, se colocó al margen de la Constitución imperante, dando así ocasión al conflicto armado de ese año, que terminó con la victoria absoluta del Poder Legislativo. El Presidente que el 91 entregara su vida en aras de sus convicciones, conocía por haber participado activamente en la vida política del país, el largo conflicto que venía desarrollándose entre el Poder Legislativo y el Ejecutivo. Para robustecer la autoridad presidencial y la Libertad de Gobernar, sin sujeción a las mayorías parlamentarias, en el mensaje de 1890 esbozó un régimen constitucional que, en el fondo y con ligeras variaciones, resucitaba el tradicional espíritu de 1833, perdido poco a poco, en el curso de los años.

La victoria de 1891, trajo las consecuencias políticas que todos conocen. Poco a poco, la autoridad Presidencial fué anulada por la autoridad del Parlamento, y la historia de Chile, desde 1891 hasta 1925 se puede resumir en un largo período estéril e infructuoso en que la acción, el talento y los mejores propósitos de los estadistas se perdieron en la imposibilidad de desarrollar una labor eficaz.

Los antecendimientos de 1924 y 25, permitieron la dictación de la Constitución vigente que el mandatario de entonces, el mismo de ahora, propició en forma decidida y convencida. Al señalar a cada Poder, el Legislativo y el Ejecutivo, su órbita propia de acción, sin supremacía perjudicial para ninguno; la carta de 1925, resucitó el espíritu de 1833, adaptándolo a la época actual.

Hay un largo trecho recorrido desde los tiempos en que don Manuel Antonio Tocornal, como Ministro del Interior de Pérez, y don José Victorino Lastarria, en el mismo cargo en el primer Gabinete de Pinto, desconocían en forma absoluta, expresa y categórica la atribución del Legislativo para influir en la vida de los Gabinetes, mediante la expresión de confianza o desconfianza, hasta la época del parlamentarismo agudo, posterior a 1891, en que un Jefe de Estado en cinco años, debía gobernar con dieciocho Gabinetes.

Don Alcibiades Roldán en el trabajo que hemos glosado, ha podido demostrar en forma concluyente cómo la lucha permanente entre el Poder Legislativo y el Ejecutivo puede variar de aspectos pero no termina. Y aunque el distinguido catedrático no lo dice, la experiencia política de la historia de Chile, y el funcionamiento inherente al sistema democrático, han demostrado que siempre el predominio de los partidos políticos, esto es, del Poder Legislativo sobre el Ejecutivo,

produce los peores Gobiernos, sin que tampoco pueda afirmarse que los Gobiernos en que el Ejecutivo predomina sin contrapeso, sean los mejores. Porque el buen Gobierno, preciso es confesarlo, es difícil, casi imposible de obtener en el régimen democrático, a base de sufragio universal, y con sistemas de elección directa.—Abel Valdés A.

PIERRÉ CHAM - PION: «L'envers de la tapisserie: Paris au temps de la Renaissance.» París. Proyecta luz este libro sobre una época de la capital francesa en que, según ocurre en toda floración de esplendores sociales, ostentaciones suntuarias coronadas, el envés del tapiz oculta una contrapartida de miserias y dolores, de angustias y sufrimientos, cimientando casi ordinario de los fastos en que se envuécven a lo largo de la Historia Cortes de Reyes y de Papas.

Francisco I, al que Napoleón enjuiciaba como un grande hombre pigmeo, héroe de torneo y guapo de salón, todo el mundo sabe fué, como monarca, gran amigo del boato y de la ostentación; uno más en la dilatada serie de los que para nada tuvieron en cuenta cómo se las arreglaba su pueblo para luchar con las necesidades. Comenzó siendo amigo de los reformados, y acabó enviándolos a la hoguera; con ello dió motivo a la larga serie de guerras religiosas que en tan grave aprieto pusieron el porvenir y la existencia de Francia.

Fué el Rey galán, protector de los artistas, amador rendido de las bellas; el que procuró y suscitó maravillosa floración artística, mandando construir grandes palacios, que dotó y alhajó con obras de los ilustres pintores y escultores de su época.

Pero esas prodigalidades suyas, de Rey incapaz de echar cuentas y gastar exclusivamente de lo suyo, le hacían estar en deuda con los mercaderes de la capital, a los que debía sumas considerables, y el pueblo de París gemía y perecía entre miserias y sacrificios incruentos, mientras la Corte se agitada y expandía en torneos y mascaradas, banquetes y bailes, partidas de caza y batallas de amor.

En las orillas del Sena pululaban centenares de bandoleros, que allí se congregaban para infestar las callejuelas de la capital, o salían en algara para ir a saquear poblados campesinos y desvalijar al viajero que tropezaban a lo largo de los caminos. Y mientras en Amboise o en Fontainebleau se encendía las grandes arañas para alumbrar salones llenos de cortesanos principescamente engalanados, mientras los ventanales del Louvre proyectaban sobre el caserío miserable de la capital los iluminados cuadros de sus marcos, mientras el Rey y sus corifeos se divertían entre brillos de sedas y refulgencias de pedrerías, el pueblo vegetaba en la penuria, siendo sombra junto a la luz, dolor y miseria junto al bullicio y la alegría.

Pierre Champion, que tanto tiene buceado por entre los bastidores de la Historia y tan bien conoce el pasado de París, nos des-

cube en esta obra la burda hilaza del tapiz suntuoso en que se tejieron las grandezas suntuarias del Renacimiento francés.—G.

A. LIPSCHUTZ Y J. PI-SUÑER: «Movimientos, Sensaciones, Psicofisiología.» Madrid. En la escasa producción fisiológica de la lengua española, hemos de señalar con júbilo la aparición de estos volúmenes de fisiología práctica, redactados por el gran maestro de la Universidad de Concepción, en Chile, y por el que fué su colaborador y hoy, por fortuna nuestra, labora entre nosotros, J. Pi-Suñer Bayo, maestro también a pesar de sus pocos años.

No es libro el que comentamos para ser sujeto a un análisis detallado en una revista de Medicina General. Pero no podemos pasar su aparición en silencio, por lo mismo que nos proponemos, desde estas páginas, cuidar del nivel fisiológico y biológico de la Medicina Española. Gran Medicina la nuestra, pero pobre en Fisiología, vemos con entusiasmo esta obra, por ser Fisiología Pura, Fisiología Experimental y Práctica.

Y, además, por el acierto insuperable de técnica didáctica con que está redactado este guión de experimentos. Los autores no han olvidado el principio esencial del maestro: partir de la raíz de cada problema, de lo más sabido, de lo que ya se debía haber olvidado; pero que es el inexcusable comienzo de todo acto pedagógico eficaz.

Todo joven aficionado a la Fisiología podrá con este libro abierto sobre la mesa de trabajo realizar las prácticas fundamentales de la disciplina y adquirir el hábito y la orientación precisas para la futura investigación personal.

Son especialmente claros,—porque su dificultad es mayor—, los experimentos del capítulo de la Psicofisiología.

Mas no se crea que se trata de una simple relación de métodos. Lo es y de notable claridad, como hemos dicho; pero rezuman las ideas en cada descripción y, acaso sin que sus autores se lo hayan propuesto, leyendo las técnicas se aprende la doctrina.

El maestro Lipschütz no necesita este nuevo y espléndido laurel a su gloria de fisiólogo, Jaime Pi Suñer Bayo se acredita con este libro como maestro ya hecho digno, en un país donde no existieran las estúpidas oposiciones del nuestro, de entrar por derecho propio en el rectorado de la pedagogía fisiológica.—Gregorio Marañón.

LAUTARO GAR - CIA: «Imaginario de la Infancia.» Santiago. Como por todos los libros de recuerdos, en especial de recuerdos infantiles, dos veces paralelas corren

por éste, bien llamado «Imaginario»: una de verdad, otra de poesía. El título de Goethe. Y tanto de la calidad de cada una como de la cantidad en que se mezclan ambas, depende el grado de placer y hasta la emoción que produce su lectura.

Calidad y cantidad así poéticas como verdícas, difieren aquí considerablemente.

La vida ha proporcionado al autor del «Imaginer» un material rico y que se presta mucho a la explotación literaria. Lo ha proveído también de un temperamento artístico y sentimental agudo, vibrante, lleno de resonancias interiores. Trataremos de indicar cómo y hasta qué punto una ligera falla del gusto, originada tal vez por la formación o deformación de su cultura, o consecuencia de su excesiva sensibilidad, o influjo acaso de las últimas corrientes románticas que le tocaron, suelen desequilibrar la composición del volumen y disminuir un poco su innegable mérito y su positiva fuerza de encantamiento.

Hijo de un militar que cambiaba de guarnición con gran frecuencia, el destino ha llevado y traído mucho a Lautaro García, y sus primeras impresiones resbalan a través de distintas ciudades chilenas, fijándose aquí y acullá, en pasajes campestres, montañosos o marítimos, que, evocados a la distancia, le traen sus cuadros y sus músicas particulares.

Este camino errante fué continuado después por una curiosa inquietud de espíritu: Lautaro García experimentaba el llamado de varias vocaciones y sin decidirse resueltamente por ninguna, ha sido alternativamente pintor, autor, actor, cantor y, siempre, bohemio viajero, amigo de aventuras lejanas, poeta libre, al hilo del viento. Alguna vez nos ha confesado él la tortura íntima y la especie de perplejidad que sufría en medio de tantas sollicitaciones parejas.

¿Qué ser, qué hacer?

Una vez lo nombraron Director de la Escuela de Bellas Artes. Ese día los carteles de un teatro anunciaban en letras enormes que Lautaro García iba a cantar. El Ministro, furioso, vociferaba:

—¡Me han hecho nombrar a un cupletista!—El Ministro tenía también sus despuntes de bohemio y varias irregularidades de carácter; pero siempre la originalidad ajena nos parece menos tolerable.

La madurez le ha traído, sin duda, quietud, y una prueba la constituye esta mirada atrás, y la dulzura, el amor, el ensueño pintoresco y tierno que respiran sus reminiscencias de los primeros años y la atmósfera en que aparecen las figuras de su padre, de su madre, de algunas personalidades que le fueron familiares. Todo eso es bello. Y también, a ratos, irónico, de vigoroso colorido local en algunas estampas.

Evoca: «¡Ciudades de mi infancia! San Fernando, soleada y colonial, con sus casonas de esquinas ochavadas y sus carricoches llenando la tarde de polvo, en su apresuramiento por ir al encuentro del tren de la capital; con sus huasos de chamantos encendidos, donairosos sobre sus caballos quilumutanos, enjutos y ágiles; con el pregón fantasmista de sus argueneros que voceaban en la siesta rumorosa de chicharras:

—¡Traigo los coiles, los piñones, el maqui; fresquecito la harina de trigo, traigo!

—¿A cómo vendes los piñones?

—A chaucha la «cachá»; pero ya me le acabaron.

—A ver entonces los coiles.

—De ésos no traigo ná.

—¿Y cómo los pregonas tan sonoramente?

—Es que el grito es así, patrón».

Bien visto el tipo. ¡Y qué significativo ese grito que se lanza «porque así es el grito»!

Más allá vemos caer la lluvia en un pueblo austral, y salimos a los bosques de la montaña próxima. El niño dispone de un juguete soberano: los soldados que dejas la cuadra al amanecer, formados en filas de a cuatro como brotando de una caja de cartón, y se van a evolucionar por la planicie. Parecen soldaditos de plomo, miniaturas mecánicas. Hay un tambor mayor terrible, Cárcamo, bronce indígena, atlético, y un corneta avisado y minúsculo, Gallardo, greda talagantina ajustada al caballo, con la naricilla respingada «husmeando el viento... como si percibiera el sonido por el olfato». Sobre el fondo del mar, Cárcamo da lecciones a Gallardo; cuando el chico desafina más de lo razonable en un tocador de clarín, el maestro, revolviendo ojos que blanquean sintiéndose, coge en sus manazas al muchacho que se debate en el aire con fragilidades de muñeco, y el espectador tiembla de que el hombre indignado abra la boca y se trague al niño. «Me imaginaba los furibundos pataleos de Gallardo en el vientre de Cárcamo».

¿Y doña Deidamia? No es posible olvidar a la inmensa doña Deidamia, opulentamente vestida de terciopelo, que pesaba cien kilos y no podía verse la hebilla de oro de su cinturón. Muy rica, muy fastuosa, daba fiestas a que el pueblo entero asistía. Salían al amanecer, en coches, en carretas, a caballo. La castellana de Los Copihues aguardaba en las casas de su hacienda, y cuando estaban todos reunidos, iba a un redondel, arrastrando su cola de terciopelo—jamás doña Deidamia abandonaba el terciopelo—y llevando en la mano un puñalito. Heroína de tragedia, Sarah Bernhardt campestre, avanzaba hacia una vaquillona atada a un poste y, sabiamente, diestramente, le hundía el acero en el corazón. Jamás erraba el golpe. En seguida, alzaba el puñal sangriento. Horas después, los convidados, a la sombra de los árboles, despedazaban con dientes y uñas los costillares de la bestia sacrificada. Magnífica señora.

Hemos querido señalar estos tres cuadros, porque nos parecen los tres cumbres del «Imaginer». Eso es de la mejor mano y del mejor tono y basta para valorizar el libro. A continuación vienen las ensufocaciones del niño torturado por la soledad. Hijo único, vive entre hombres grandes, capitanes y soldados. Divaga mucho, se crea un mundo pueril. Y aquí la poesía empieza a invadir el terreno y aparecen algunos trémosos no bien aconsonantados. Casi todo el episodio de la Lámpara de Aladino se sale de foco. Exagera. Fáltale el sabor de la verdad ingenua, el grano de ironía necesario, la firmeza del di-

bujo, El énfasis romántico, aceptable tratado con los elementos de que disponía Chateaubriand, la música muy fina, deliciosa, en unos «Recuerdos de Infancia y Juventud» de Renan, queda corto aquí, no alcanza a llenar el oído ni satisfacer la imaginación. Disuena. Y la cosa se vuelve peor en las páginas finales cuando Lautaro García se acuerda de una vaga muchacha, Berta Fuenzalida.

No insistamos.

Basta la fiesta del Imaginero para nuestro regocijo y si apuntamos esos ligeros reproches que la desperfeccionan es sólo por escrúpulo de admiradores.

A pesar de sus lunares, la obra de Lautaro García merece un sitio de honor en las letras chilenas. Está llena de gracia delicada, de verdad, de emoción. Una personalidad enriquecida por los años y las experiencias muestra aquí su fondo inesperadamente fresco que atrae la simpatía.

Querriamos un poco de más verdad: la que hay convence y se encuentra a punto. Desearíamos un poco menos de efusión poética, de prolongaciones imaginarias, de efectos buscados y no conseguidos.

Eso es todo.—Alone.

MARIA HAGEDORN: *Reformation und spanische Andachtsliteratur: Luis de Granada in England.* Leipzig.

En este pequeño, pero interesante trabajo expone la autora una cuestión que, aunque no completamente desconocida, no ha sido, por lo menos hasta ahora, bien apreciada en su verdadera significación.

De los tres ingenios españoles que en la vida intelectual de la Inglaterra de los Tudor tuvieron mayor influencia. Guevara, Vives y Luis de Granada, este último, según la autora, ejerció una de las más profundas y dilatadas. Cuando en el último cuarto del siglo XVI la Biblia y los libros de rezo protestantes dejaron de satisfacer las necesidades de la Iglesia inglesa cismática, surgiendo el deseo de una literatura capaz de formación individual, Fray Luis de Granada llegó a ser punto de partida de una evolución sumamente fructífera. No sólo las imprentas de los misioneros católicos editaron una serie de traducciones de sus escritos, sino, en más alto grado todavía, los anglicanos le tradujeron, aprendiendo por su ejemplo, e imitándole, sin que fuera obstáculo su calidad de católico y español. Se tradujeron cinco de sus principales obras y tres compilaciones de aquéllas, obteniendo un número considerable de reimpressiones. La influencia de Fray Luis se extendió más allá de los círculos católicos y anglicanos, alcanzando hasta a los puritanos. Varios poetas y escritores (Southwell, Lodge, Meres) estuvieron directamente inspirados por él, mientras que otros representantes renombrados de la Literatura inglesa de entonces muestran ciertas afinidades más generales con su obra (Donne, Vaughan, Browne). El libro de devoción más importante de aquellos tiempos, el «Book of Resolution», de Parson, conservado en

38 ediciones, se debe a la influencia del religioso español. Su influencia decreció sólo al desarrollarse plenamente una literatura de rezo inglesa independiente.

La explicación de este fenómeno tan sorprendente, que cuenta con paralelos en Alemania, no se encuentra exclusivamente en el terreno literario. Más bien, se trata, como acertadamente indica la autora de las consecuencias y de la documentación del espíritu de la Contrarreforma que irradió hasta amplios círculos de la Iglesia protestante. Se trata, pues, de un fenómeno primordialmente religioso.—G. Buck (Hamburgo).

JOHANN SOLER: *Die Welttheater Hugo von Hofmannsthal und ihre Voraussetzungen bei Heraklit und Calderon.* Viena.

El autor del estudio objeto de estas líneas examina el origen de los dos «Teatros del Mundo» de Hugo de Hofmannsthal («Das kleine Welttheater» y «Das Salzburger Grosse Welttheater») desde la antigüedad (Heráclito) y la Edad Media hasta el Siglo de Oro español (Calderón). El valor principal de la obra consiste en haber demostrado que el concepto del mundo de Hofmannsthal ha sido influido decisivamente por la filosofía de Heráclito. En comparación con esta parte del estudio, todo lo demás pierde originalidad, ya que constituye más bien una compilación de los resultados obtenidos por estudios anteriores, por ejemplo, el excelente artículo de E. R. Curtius titulado «Hofmannsthal und die Romanität» («Neue Rundschau» 40, 11, pág. 654 y sigs.).—W. P.

ADOLF SCHUH-MACHER: *Ladenbau. Anordnung, Einbau und Ausgestaltung kleiner und grosser Laden in alten und neuen Hausern.* Stuttgart.

En la construcción de una tienda cuentan muy poco verdaderas razones de Arquitectura. No hace muchos años, la característica propia de una tienda reduciase en la mayoría de los casos a un rótulo y a una vitrina, esto es, un anuncio. Quedaban de este modo las tiendas sometidas a la ley que la arquitectura superior del edificio les ordenaba. Conforme ha ido pasando el tiempo—sobre todo estos últimos años—han ido perdiendo más y más en discreción, y hemos llegado a que en los actuales edificios se enquisten enojosos fenómenos individuales que anulan toda intención de unidad.

Pero no nos confundamos; estos fenómenos no son quistes de arquitectura en arquitectura; la tienda sigue siendo anuncio; solamente que el anuncio sumiso de ayer ha sido convertido por la economía actual con sus exigencias publicitarias en el estrepitoso de hoy. Examinando, por tanto, estas construcciones como si fueran carteles comerciales que llevan el mandato imperioso de llamar la atención, daremos a las tiendas su verdadera significación. Significación en parte olvidada por muchos arquitectos, que construc-

tores de obras de esta índole, tiendas, cafés, bares, etc. (cuya resonancia en el público es tan grande) envenenan la verdadera arquitectura con orientaciones que le son ajenas.

Esta publicación, gráfica en casi su totalidad se precede de una introducción dedicada en gran parte al estudio de la calle comercial, tema que no se puede olvidar cuando se suscita un problema de tiendas. Ayudándose de fotografías y croquis, analiza algunas de las más características que puedan encontrarse ya en las grandes como en las pequeñas ciudades. A continuación, a través de magnífica documentación gráfica, va pasando ante nuestros ojos lo más saliente que entre las construcciones de tiendas ha aparecido en el mundo estos últimos años. Tales ejemplos se ordenan bajo una clasificación fundada en la propia disposición de la tienda y en la relativa de ésta al edificio en donde se enclava. Las tiendas que acabamos de ver fotográficamente muestran luego cómo son «por dentro» al desmenuzarse en una serie de detalles constructivos que ha dibujado con máxima claridad y precisión el propio Schumacher. En estas construcciones comerciales, anuncio que en último término es rótulo, destacaremos la importancia de éstos. Así lo ha comprendido el autor, que dedica a la rotulación detalladas informaciones gráficas en fotos y dibujos.

Por último, no olvida toda esa pequeña floración urbana de quioscos, cabinas, etc., que muchas veces tanto se descuidan, lo que produce en las ciudades un lamentable aspecto de ramplonería.

Con estos y otros muchos detalles prácticos termina este libro de gran utilidad para el profesional, que puede tomar en él inspiraciones de inmediata aplicación.—F. Chueca.

FRANCISCO ANTONIO ENCINA: Como un peñasco dentro de una mansa laguna, cayó hace año y medio «Portales», y aun no mueren todas las ondas en la orilla cuando su autor dispara el segundo bruto que, según parece, ha de levantar un mayor tumulto.

Hay, efectivamente, en el nuevo libro de don Francisco A. Encina—«La Literatura histórica chilena y el concepto actual de la historia»—muchas verdades que duelen y sobre todo una especie de pasión inconoclasta.

Esto no obsta para que la justicia sea su compañera. Al lector superficial, que cruza al vuelo aun sobre los libros con enjundia, le parecerá, por ejemplo, que es muy duro con Barros Arana, el padre de nuestra historia. Entre tanto, lo único que hace es colocarlo en el pedestal que le corresponde, señalar el verdadero papel que desempeñó en el relato de nuestro pasado, en una obra monumental y valiosa, y negarle las cualidades de historiador como él lo entiende, y como lo entendieron Macaulay, Mommsen, Renan y Burckardt. Pero si no puede reconocerle lo

que no tenía, y que no dependía de su poderosa voluntad tenerlo—el don de la intuición—repite a lo largo del texto los elogios para el valor documental de su obra y le asigna el papel de investigador genial, superior a todos los de España y de Hispanoamérica. Citemos al azar algunas frases: «No conocemos otro escritor que haya luchado con mayor denuedo contra sus disposiciones sentimentales... Reaccionaba contra sus sentimientos y sus fanatismos, salvo el de la cultura, con una energía sencillamente admirable.

«La Historia General de Chile», cualquiera que sean sus deficiencias, representa uno de los mayores esfuerzos de investigación que se hayan realizado en América. Barros Arana recogió metódicamente, en el curso de una vida larga y laboriosa, mucha parte de las noticias que era posible procurarse en su época sobre el pasado colonial y casi todas las relacionadas con la revolución de la independencia. Las controló entre sí y esclareció la verdad material de los hechos, con una sagacidad crítica no superada por otro escritor de habla española». (Pág. 68).

Igualmente es severo para con Vicuña Mackenna, pero tampoco le escatima elogios con respecto a sus cualidades felices: «La montaña de intuiciones del alma del pasado que acumuló Vicuña Mackenna encierra tesoros inestimables... No conocemos en la literatura histórica mundial un flón de ley más alta».

Vamos a ver lo que opina sobre los otros: «Don Miguel Luis Amunátegui (pág. 187), sin alcanzar el genial sentido común de Barros Arana, es más inteligente y menos apasionado. Imposible idear un cerebro más sano, más ecuaníme... Y sin embargo, el historiador inteligente, cuerdo y desapasionado escribe como si la dictadura de O'Higgins se hubiera desarrollado en un pueblo semejante por sus aptitudes políticas a la Inglaterra de la segunda mitad del siglo XIX».

Sobre don Crescente Errázuriz: «tenía muy mediana sagacidad en lo pasado y bastante intuición respecto a los hombres que lo rodeaban». (Pág. 139).

Sobre Sotomayor Valdés: «muy superior a los demás historiadores chilenos en cuanto escritor, tenía conciencia muy clara de la pobreza de su imaginación histórica, y solía perder meses leyendo periódicos y documentos, después de concluida la investigación, a fin de ambientarse, y nunca pudo lograrlo: la imagen del pasado se le disolvía en vez de representarsele». (Pág. 165). Con relación a don Alberto Edwards, (Pág. 147): «representa al pensador vigoroso y original que no recibió el poder de la simbolización».

Si asesta reparos a las cabezas magnas, no podría esperarse que para el resto sea suavidad y almíbar. Usando la jerga vulgar, podríamos estatuir que corre la varilla por parejo. «Nuestra literatura histórica, afirma en la página 12, se resiente, lo mismo que toda nuestra producción intelectual, del exceso de pensamiento reflejo y de la correlativa debilidad en la observación directa de los hechos y de los fenómenos».

En suma, ninguna de nuestras historias —y para llenar con ellas una multitud de anaqueles...—ninguna de nuestras historias satisface a don Francisco A. Encina. Entonces, ¿cuál es su ideal de la historia? Lo repite hasta el cansancio en su presente libro: «La historia sólo puede ser la resultante de la cooperación del investigador, de las ondas reflexiones del filósofo y de la potencia creadora del artista. (pág. 82)». «El historiador debe limitarse a representar la realidad histórica, sin añadirle nada de su parte, ni erigir su presente fugaz en medida del pasado ni en cárcel del porvenir (pág. 84)». «La misión del historiador ha dejado, pues, de ser la de razonar lo que sucedió de acuerdo con las ideas y sentimientos de su tiempo y repartir con sabiduría la alabanza y la censura. Dentro del nuevo concepto, es un hilo conductor que capta las vibraciones del pasado y las transmite al presente por medio de una representación concreta en la cual revive lo que fué. (Pág. 85.)»

Se comprende que la historia concebida de esta manera no puede ser realizada por una inteligencia corriente. El autor lo reconoce (pág. 95): «La historia tal como hoy la concebimos, más que la obra del genio de un hombre es la obra del genio de un pueblo. Tiene necesariamente que ser la resultante de la cooperación de varias actividades: el investigador es el minero que extrae el metal; el pensador, el crisol que lo funde; y el artista, el soplo que enciende la vida del lingote inerte».

La primera tarea la cumplieron ya en forma brillante Barros Arana y Medina. Una muestra de la segunda es «Portales», en que se da un esquema y se interpreta uno de los trozos más apasionante de nuestra historia. La tercera está por llevarse a la práctica. Es también la más difícil. No se trata aquí del «artista» corriente como lo entiende el vulgo, sino de un gran intuitivo, o sea del «vate» como lo querían los griegos: llevando juntos en su inspiración y el augurio. Se necesita un hombre «capaz de vaticinar el pasado» precisa claramente Encina. «El historiador, nos dice en la página 90, tiene que divorciarse de su antigua consorte, ya vieja e infecunda, la razón, y casarse con la intuición. Necesita también cambiar de carácter, y de marido débil y bondadoso que fué, trocarse en uno exigente, capaz de hacerse amar con admiración y respeto de su inquitada y voluble nueva consorte».

La intuición, ya lo sabemos, es el hallazgo subjetivo que no obedece a la razón: viene de las profundidades de la subconciencia. Para la Iglesia, es un don de los bienaventurados: «beata visto». Sería lo que el santo ve en sus éxtasis. Este éxtasis es el que preconiza nuestro autor para su historiador ideal. Después de haber vivido intensamente, y de haber leído la documentación del trozo del pasado que le interesa y que le ha proporcionado el investigador, y las reflexiones del filósofo, debe concentrarse y trasladarse a la vida pretérita enteramente desnudo de prejuicios y de pasión personal: si

es un intuitivo poderoso, el pasado le entregará su secreto.

Porque faena semejante no está al alcance de cualquiera, por grande que sea su cultura y su facultad de raciocinio. El cerebro humano puede ser comparado a un audión o válvula eléctrica: capaz al mismo tiempo de recibir ondas y de emitir las. Esto no hace al caso: lo esencial es que la gama de intensidad receptiva y transmisiva en el cerebro humano es muy extensa, desde la facultad casi nula del cretino hasta la del hombre que llamamos «genio» o «vidente», según las circunstancias. «Genio» es el hombre capaz de crear algo nuevo, de «engendrar», como reza la etimología: «vidente», el que simplemente ve más que el común de los mortales en el pasado, en el presente o en el porvenir y no realiza nada. Pero los dos sacan sus tesoros de esa zona oscura del cerebro que llamamos el subconsciente. Es claro que el genio es al mismo tiempo un gran vidente.

Un hombre semejante, construido para captar las ondas sutiles del pasado es el que don Francisco Encina recomienda. Como el raciocinio no interviene aquí para nada—por el contrario, es perjudicial—es el inconsciente quien debe recibir estas ondas y entregarlas traducidas a la conciencia. Pero el inconsciente no suelta sus secretos cada vez que nuestra razón los necesita; al revés, independiente de ella, se empeña en no obedecerle. Cede más bien a otros requerimientos. Proust, de quien—¡cosa curiosa!—nuestro autor hace una mención perorativa en la página 145, nos da el mecanismo con respecto a la novela, en el último volumen de su obra monumental. Es el hecho fortuito el que nos entrega de pronto la punta de un hilo, que podemos seguir inmediatamente hasta el último en el bien provisto almacén del subconsciente. En suma, los ricos filones de la subconciencia sólo pueden ser puestos a luz por la casualidad, tal como la casualidad fué la única descubridora de la plata en Chañarcillo, del oro en California y de los diamantes en Kimberley.

Como Encina para la historia, Proust condena en la novela la copia fiel de los hechos como nuestros sentidos lo perciben: es necesario que al hecho escueto le preste encanto nuestra imaginación, pero existe una ley inevitable que quiere que no se pueda imaginar sino lo que está ausente. («Le temps retrouvé», tomo II, pág. 15). Entonces no queda más que esperar que nuestro inconsciente nos entregue el material recolectado por nuestros sentidos y que él ha quintuplicado en sus laboratorios. Para darle vida a este aporte, entra en juego nuestra imaginación. Es lo mismo que Encina estatuye: «La historia sólo es una representación del pasado ¿y cómo se lo representaría el desheredado de la imaginación?» (pág. 298). Sólo que la imaginación debe obrar, como Proust señala para la novela, no sobre los hechos que nuestros sentidos reciben sino sobre los aportes del subconsciente. De modo que en el historiador, como en el novelista, la imaginación tiene señalado un papel a posteriori.

Otra cosa que nuestro autor cuida bien de precisar es que la intuición debe ser «objetiva», es decir, proyectarse sobre la realidad bebida en los documentos, y no sobre las elaboraciones engañosas de nuestra razón. También el raciocinio tiene su papel a posteriori. Colocado a priori, sería corrosivo.

Aquí debemos detenernos en la transmisión de las observaciones que nos merece este libro, que contiene una idea, una sujeción o una enseñanza en cada línea, porque al hacerlo llenaríamos varias páginas de «El Mercurio». Habrá otros puntos interesantísimos que tocar, especialmente el que se refiere a la predilección de los escritores chilenos por la historia; pero lo dejaremos para otra oportunidad. Antes de poner punto final señalaremos lo que se refiere al estilo histórico. Encina fustiga a los que creen que la pesadéz en la forma son prendas de criterio sesudo y de hondo saber histórico. Por el contrario, debe aplicarse a la historia el estilo de la novela, un estilo que vibre, que puerete y se exalte; un estilo, en suma, que nos dé un reflejo fiel de la vida. Estamos con él ampliamente.—**Januario Espinoza.**

MANUEL GONZÁLEZ PRADA: En la historia de la literatura sudamericana goza el nombre de «Baladas Peruanas».—Santiago. Manuel González Prada de claros prestigios.

Poeta esmerado y polemista incansable, bregó durante largos años, en su Perú natal, por obtener un más amplio conocimiento y con él una verdadera rehabilitación de la raza indígena.

Sus libros de versos se citan como modelos de pureza castiza. No hay en ellos concesión alguna al gusto un tanto barroco y amigo de la metáfora desmesurada que, como una consecuencia del romanticismo, predominó en la América de fines de la pasada centuria. Cultivó especialmente el romance, forma delicada, de fácil manejo, apta para traducir los movimientos diversos del alma, sin trabas de consonante o de construcción que aherrrojen su fluir cadencioso.

A «Minúsculas» y «Exóticas», obras populares, súmase ahora un nuevo volumen de poesías, aparecido diez y siete años después de su muerte. Se titula «Baladas Peruanas», y casi todos los poemas que lo integran son inéditos. Fueron compuestos en su mayoría antes de la guerra con Chile (1879). González Prada tenía entonces poco más de veinte años.

Es este un libro de hondo sabor nacionalista. Advértese, a la primera lectura, que su autor estaba empapado en los cronicones de los historiadores primitivos de su país, especialmente el Inca Garcilaso de la Vega. Ha rastreado con detenimiento, con esa misma minucia que usaba el inmortal Palma, algunas de las tradiciones más sabrosas de su tierra y las ha utilizado como un zócalo documental, para elevar sobre ellas el friso airoso de sus versos. El Perú de oro y de sombras de la conquista vibra en las páginas de González Prada. También recibe acogida en ellas el Perú anterior a Pizarro, el de los dio-

ses fabulosos y los mitos tan complicados que recuerdan la fantasía de las consejas de Oriente.

Leyendas como la de la invención de la quena, la fundación del Cuzco y el origen del Rimac y de los Incas; retratos magníficos como el de Gonzalo Pizarro, conquistador del País de la Canela y nervio de motines y revoluciones; cuadros de rara belleza, tal el que relata la construcción del acueducto de Supe, para halagar a la favorita de un cacique poderoso, y el que narra la tradición de la famosa «piedra cansada», que lloró sangre, cuando los indios miserables elevaban la fortaleza de Sacsauamán, en el Cuzco, alternan con escenas de atisbo picaresco («Cura y Corregidor») o de contorno dramático: «La bofetada del obispo» y «La caridad de Valverde».

Una vez más González Prada se revela en este libro, que, a pesar de las incorrecciones propias de la rapidez con que fué escrito, corona admirablemente su obra, como un cultor incansable de la nota autóctona, como un buscador de hermosura, como un patriota. (La Nación de B. Aires.)

MARIANO PICÓN-SALAS: Mariano Picón-Salas: las, venezolano, radicado en Chile desde hace doce años, es sobradamente conocido por su variada actividad literaria. Autor de cuentos y novelas, conferenciante, ensayista, animador del periódico «Índice» que marcó una fecha y encauzó la inquietud de una generación, profesor universitario, su labor intelectual trasciende nuestras fronteras y es apreciado en los demás países del continente. Este hombre inquieto y culto se ha asimilado a nuestra tierra, y desde ella mira y trata de penetrar el confuso panorama de América. Desviándose cada vez más, por temperamento y por imposición de la época, de la pura literatura hacia el ensayo, nos ofrece una «Intuición de Chile y otros ensayos en busca de una conciencia histórica» que tiene méritos bastantes para ser leída con placer y provecho.

Se ha observado con razón que, así como el siglo XIX es el siglo de la novela, el nuestro es el siglo del ensayo. Y también entre nosotros ante la empresa de descubrir espiritualmente a América, de proponer las fórmulas de su conciencia histórica y cultural, los demás géneros están cediendo al ensayo su primacía.

¿Moda? ¿Influencia de lo europeo que se constata una vez más? En el fondo, quizás no otra cosa que la urgencia de tener explicaciones provisionales de un continente informe como el nuestro, que nos permitan ubicarnos, como latinoamericanos, ante los precipitados sucesos del mundo. El paciente trabajo de acopio histórico a que se consagraron los mejores hombres de letras del siglo pasado, es demasiado lento para hoy. Aun a riesgo de su calidad esencialmente transitoria, y de que quien las dé se equivoque o nos engañe, se requieren visiones rápidas, lo más completas posibles, como llamaradas que ilu-

minen el caos de que salimos y nos permitan entrever un camino y una posición. Picón lo dice en el prólogo de su libro: «Es difícil escribir para la eternidad en nuestra América del Sur». No sólo es difícil, sería absurdo. El más duro trabajo, y el que mirado con la perspectiva del tiempo resulta también más eficaz, es el de los hombres a quienes angustiaron los problemas de su época y pusieron la entraña de su ser para tratar de esclarecerlos. «Es preferible para un escritor vivir su tiempo... Sólo por lo temporal recoge el hombre una chispa del cosmos». Para Picón, la manera de vivir intelectualmente su tiempo es el ensayo.

El libro, aunque dividido en tres partes, como un intento de unidad, no es el resultado de una elaboración orgánica, sino una colección de trabajos diversos. Lo que, si bien nos priva de una visión total y coherente, tan grata a ciertos espíritus, nos permite en cambio ver cómo el ensayista enfoca y propone a su don intuitivo los más variados temas.

En «Intuición de Chile», que es el ensayo más considerable y el que da su nombre al volumen. Picón nos ofrece una interpretación geográfica, histórica y social de nuestro país. Hay en él observaciones agudas y profundas, verdaderos hallazgos explicativos que sólo una mente extranjera podía realizar al compenetrarse profundamente de lo nuestro.

«Contrastes económicos entre la industria del norte y la agricultura del centro y del sur, contrastes espirituales y étnicos, como el de la aristocracia y el pueblo, que expresan mundos diversos; contraste entre la historia popular y la historia oficial, hacen que el alma de Chile no pueda captarse inmediatamente. La sociología chilena debe avanzar por una zona de prejuicios, por un vestíbulo de mitos, porque aquí no se realizó, como en otros países de América, la simbiosis turbulenta de las revoluciones y guerras civiles.»

Entre estos contrastes, por esta zona indecisa y desorientadora, el ensayista se interna certeramente en lo característico de Chile, descubre las paradojas de su historia y la actitud vital de sus habitantes, y estima que «al bloque cultural y político latinoamericano, con que ya soñamos para salvarnos, Chile aporta su tradición de pueblo sagaz y tranquilo, que conoció el Estado mientras otros vivían en la polvorosa montonera»

Hay en todos los ensayos de Picón-Salas la honrada posición del hombre que sugiere puntos de vista, que ahonda en la explicación de los hechos sin incurrir en dogmatismos. Por esto, son ricos, en cuanto exaltan el pensamiento del que lee en vez de oprimirlo bajo afirmaciones rotundas. No impone, propone a nuestro interés cuanto ha observado y asociado. Por eso mismo, sin duda, su manera de discurrir es la del que cifre y rodea el problema, y lo ahonda observándolo sucesivamente desde distintos puntos, mezclando lo abstracto y el detalle concreto y característico. Sus argumentos no se encadenan con la marcialidad rigurosa que prefieren las mentes discursivas. No pretende

probar tesis preconcebidas, ni puede subordinar su inteligencia de las cosas a un prejuicio: se limita a mostrarlas tal como le aparecen, con todos los matices que sabe descubrir en ellas.

Mariano Picón-Salas es, además, un hábil escritor. Su estilo flúido, armonioso, rico en los más inesperados efectos, cargado de sugerencia y de una especie de voluptuosidad ágil, es el más adecuado al género literario que cultiva, y llega a veces, como en las breves páginas que dedica a Goethe, a un grado de perfección poco común.—Oscar Vera L. («Atenea»).

ALBERTO ROMERO: Este libro de Alberto Romero corresponde a esas obras, cada vez más numerosas, que los franceses han dado en llamar «romans-fleurs». No tan sólo por su extensión, que sobrepasa los límites de la novela corriente; sino también por el prodigioso desfile de personajes secundarios, por la verdadera opulencia de los detalles pintorescos que animan el ambiente general del relato, por el colorido uniforme de las escenas que integran el volumen y aumentan su densidad. Es como una corriente de aguas profundas que avanza en plena noche, sin premura, y arrastra con todo lo que encuentra a su paso. De tarde en tarde, cierta leve transparencia ilumina la oscura superficie, que bien pronto recobra su tono natural. Romero ama lo intensamente gris, el color opaco del agua fuerte y se complace en prodigarlo en sus libros.

Con entera libertad, casi con desprecio por las normas establecidas, ha «compuesto» Alberto Romero la terrible y lamentable historia de Perucho González. ¿Podría esto considerarse como un defecto? Pensemos mejor que la tendencia ingénita del novelista fué siempre la misma: escribir sin rumbo fijo, un poco a la deriva; salir de un punto para llegar a otro, cuya ubicación ignora el propio autor. Su actitud es clara: o si llega de antemano a adoptarlo, no teme salirse de él en el curso caprichoso de su trabajo. ¿Dostoiewski no se extraviaba también dentro de sus novelas y a veces, para atrapar al personaje que parecía escurrírsele, no comenzó de nuevo más de alguno de sus libros? Romero es más rebelde que el novelista ruso. De ninguna manera, quiere dejarse amarrar por las terminantes disposiciones de la preceptiva literaria. Interesa al escritor chileno el material humano, el documento vivo, la estampa arrancada directamente de la realidad. Y mientras labora, con escrupulosa conciencia de artista, sólo parece preocupado de no alterar ni deformar aquello que la realidad le proporciona.

La realidad. Cómo la quiere el novelista y con cuánta abnegación la sirve a través de su obra. Minucioso, detallista, agudizado voluntariamente su espíritu de observación, nada se le escapa y todo adquiere extraña resonancia en el ritmo peculiar de su estilo. Su

visión es de una verdad implacable, pero no carece de poesía. En este último, como en otros de sus libros, la existencia nocturna del arrabal santiaguino pasa lentamente con todo su cortejo de miserias. De sus páginas, dolorosas y terribles, surge esa fauna humana que oscila entre lo trágico y lo grotesco. El «coro» de su obra viene del lodo y en el lodo se pierde. Hay momentos en que el lector se siente casi desahogado. Se ahoga en aquella atmósfera y quisiera respirar un poco de aire, ascender de este pozo—más horrible que el de la soledad—en que se encuentra sumido. Imposible. Hay emociones que agarratan al hombre y lo despojan de toda energía.

La novela, en sus líneas generales, sigue el destino aventurero y vacilante de Peruchó González, se confunde con él. Existencia sin rumbo, que avanza a la deriva, como el desarrollo del libro, sólo una vez se alza en su camino para aconsejarle la vuelta al hogar que abandonó una noche encandilado por los avisos luminosos de la calle San Diego. ¡Pobre ensueño de paria! Don Chuma, el viejo tortillero, rodeado de los «pelusas» que giran en torno suyo, habla el prudente lenguaje de la experiencia, y sus palabras se pierden... Entre la multitud de personajes que el novelista ilumina con siniestros perfiles—vagabundos, ladrones, policías, rufianes, mujeres de la vida—don Chuma destella cierta nobleza. Es una figura simpática. Todas las otras aparecen dominadas por el fatalismo característico de la raza, impelidas por una fuerza ciega que las lleva al abismo. El propio Peruchó, no es un malvado ni quiere serlo; pero carece de voluntad, no encuentra apoyo o no sabe buscarlo. Sus conocimientos no pueden ser más rudimentarios. Toda su educación proviene de la calle y se desarrolla en medio del hampa: en la escuela trashumante de todos los vicios.

Diríase que en Alberto Romero hay cierta preferencia por los temas extra-literarios. A través de su obra, late el corazón del hombre a quien el destino de su pueblo le preocupa intensamente. Su discreción de artista, le impide convertirse en escritor de propaganda y no le deja, tampoco, recurrir a la prosa inflamada de combate. ¿Para qué, si otra muy distinta y más noble es su misión? El escritor observa y expone, descendiendo hasta el alma del pueblo, y la interpreta con clara objetividad. Y no sería exagerado decir que esta novela, impresionante telón de fondo de la miseria popular, es como un alegato que el artista pronuncia en defensa de los parias de la sociedad. Un alegato que no parece un alegato. Imparcial, verídico, el artista no extrae conclusiones, no expone ninguna tesis y pocas veces sugiere. Pinta, pinta siempre, implacablemente. Sin embargo, en las fuertes páginas en que se describe la angustia del hombre privado de libertad, ¿no hay como una censura indirecta a nuestros viejos sistemas carcelarios? Y de la «soledad» prolongada del Peruchó, ¿no se desprende como un fantasma acusador?

to Romero. Su vocabulario es ahora rico. Diversos aportes concurren a su abundancia; los neologismos creados por el novelista y que no siempre se justifican, las expresiones peculiares del lenguaje del hampa que dan, a su estilo, cierta extraña entonación. En cambio, éste no ha ganado en movimiento ni en claridad y aunque hay imágenes muy bellas, su abuso suele perturbar la armonía de la frase.—M. V.

ERNESTO LEWALTER: No hace mucho tiempo que en la Filosofía occidental se creía, como principio del pensamiento moderno, en la Filosofía de Descartes, y esto va dicho, no solamente bajo el concepto cronológico, sino en el aspecto real. Pero ahora se comprende ya sin trabajo, que ni la persona de Descartes existió sin antecesores, ni que su Filosofía pudo encontrar difusión y acogida si no se hubiera preparado ya, por el pensamiento de muchos antecesores, un terreno abonado, para recibirlo. Una investigación sistemática sobre los antecesores de Descartes y sobre este terreno ha permitido revisar las opiniones sobre la importancia de este pensador. Si el libro que reseñamos no trata expresamente sobre este problema, por lo menos, mucha claridad acerca de los principios del pensamiento moderno, y por eso creemos que el estudio de un problema como el que el autor enuncia en el título de su obra es de una importancia extraordinaria. En este libro se ocupa Lewalter de cuestiones que son verdaderamente importantísimas para el conocimiento de la Filosofía moderna; entre otros problemas, que más adelante trataremos, el autor discurre de cómo fué posible la formación de una Metafísica en Alemania y por qué el movimiento reformador, como movimiento religioso, necesitaba una Metafísica, y de qué modo puede explicarse el idealismo alemán.

Este ensayo lo comprende la obra de Lewalter. No es nuevo, porque ya existen en la historia de la Filosofía alemana algunos trabajos que han insistido en la importancia de estos estudios y que han llegado también a ciertos conocimientos; cuyos resultados han de ser siempre considerados útiles para una investigación sistemática. Pero tales estudios aislados no se dedicaron especialmente al tema mismo, de modo que se puede justificar el nuevo trabajo y reconocer su necesidad. No podemos entrar aquí con toda amplitud en los vastos problemas tratados; nos limitamos a reseñar uno de los más esenciales, que se puede plantear de este modo: La Escolástica española tardía y en particular la Filosofía de Francisco Suárez, ¿ha ejercido una influencia esencial en la Teología y Filosofía del protestantismo alemán? Y en

caso afirmativo, ¿en qué forma y extensión se puede comprobar este reflejo? Consta que la Teología y Filosofía protestantes del siglo XVII se distinguen esencialmente de la del XVI en que la Metafísica encuentra acogida en las Facultades como ciencia fundamental que como tal se diferencia claramente de la Lógica. Consta, además, que esta recepción se hizo por necesidades propias de las Facultades en relación con la **Cristología**. Y consta, además, que la admisión de la Metafísica se completa al conocerse la Metafísica neo-escolástica española, y que precisamente las «Disputaciones» de Francisco Suárez ocupan el puesto de Maestra filosófica. Y consta, finalmente, que sólo una orientación filosófica se ha mantenido libre de caer bajo la férula de aquella maestra: la que se enseñaba en Aldorf.

¿En qué consistía esta influencia? El autor llega a los siguientes resultados: tanto en la Metafísica de la escuela jesuítica española como en las Universidades luteranas se reflejó el humanismo decididamente. Este influjo no solamente puede observarse en la fuerte consideración de las fuentes históricas de la Metafísica, en la conservación del ideal estilístico de la dición clásica y en la posición imparcial frente a las elaboraciones anteriores de la «Ciencia moderna», sino además, y como consecuencia de ello, por la acentuación del carácter filosófico, es decir, natural y humano de esta Ciencia. Este conocimiento es de una importancia y trascendencia extraordinarias, porque comprueba que el conocimiento filosófico-teológico tiene su esfera propia y que se diferencia de las verdades reveladas por la fe en el sentido de que existe algo como una Teología natural. De esta posición fundamental padece aún en la época moderna la Teología natural. El autor demuestra además que esta Ciencia «moderna» se separa fundamentalmente de Aristóteles, y que la Metafísica se expone con independencia de Aristóteles. Pero al paso que comienza la formación de una Metafísica diferenciada esencialmente de la Religión revelada, impulsa también la Teología hacia la formación de una Metafísica que se puede aplicar en las discusiones teológicas. El ya mencionado problema de una Teología natural tiene aquí una relación histórica y sistemática encontrando una resolución que quisiéramos considerar válida para todos los tiempos. Y en estas indagaciones se funda también la contestación de la pregunta por la influencia de la Filosofía jesuítica española, es decir, que la temática de la Metafísica jesuítica española se hace decisiva para la Metafísica escolar luterana con la misma intensidad con que se hace más fuerte y más importante el interés por una Teología natural. Es de importancia para este problema saber que precisamente la ortodoxia protestante de Gießen ha logrado la recepción más completa de la Metafísica jesuítica.

No cabe en este marco enumerar o criticar los ricos resultados acumulados en el breve estudio de Lewalter. Pero este pequeño resumen dará una idea de la importancia fun-

damental del libro, apropiado para desechar errores en la Historia de la Filosofía, tanto por su diaphanidad filosófica como por su profundidad histórica. Señalamos brevemente el capítulo final en que se expone el juicio de los siglos XVII y XVIII acerca del racionalismo español. Sea como sea la opinión de cada uno sobre la génesis y desarrollo del pensamiento moderno, este libro da una prueba de que España ha aportado a la génesis del espíritu moderno una contribución que generalmente ni se reconoce con toda justicia ni se aprecia en todo su valor.—**Alfons Adams.**

EBERHARD ROGGE: Das Kausalproblem bei Franz Brentano. Stuttgart-Berlin. Brentano es un filósofo de imponente vigor espiritual, que ha dejado una influencia casi inapreciable en la filosofía contemporánea.

Mas sus pensamientos no se cristalizaron en un sistema acabado, como los de Spinoza o de Hegel, sino que su actividad se desarrolló ante todo en el contacto personal, transmitiendo a sus alumnos y amigos, en cartas, dictados y conversaciones, un tesoro inagotable de sugestivas y fecundas ideas más o menos sueltas. Por eso saludamos con gratitud el libro de Rogge, que presenta una exposición sistemática de lo que pensaba Brentano sobre el problema de la causalidad. Admiramos el alto nivel y el lenguaje puro e intachable de este examen «sistemático», pero aún más la objetividad del autor que no deja de marcar algunos (aunque, a nuestro parecer, no todos) errores de las demostraciones de Brentano, poniendo a salvo y completando la traza del razonamiento, que se reduce a probar la necesidad general. Para Brentano, cuyo racionalismo reanuda las tradiciones aristotélicas, escolásticas y de la «Ilustración», interrumpidas por Hume, la causalidad es un modo de ser, al lado de la existencia y la posibilidad: causalidad es creación. Con ello se opone a Kant y a los Positivistas, quienes consideran la causalidad como una mera relación (págs. 155 y siguientes). El libro, que compara los pensamientos de Brentano con los resultados de las Matemáticas y de la Física modernas, es una buena introducción para estudiar el pensamiento del «Padre de la Fenomenología». —**Werner Matz.**

FCO. JAVIER DOMÍNGUEZ: Desde hace algunas semanas atrás hemos tenido el gusto de ver aparecer un nuevo texto de Hidráulica General. Su autor, el ingeniero chileno don Francisco Javier Domínguez S., internacionalmente conocido como profesor universitario, expone en forma pedagógica e interesante los principios científicos del escurrimiento líquido y todos los problemas que se pueden presentar en cualquiera rama de la Ingeniería Hidráulica, como así también es de especial interés el hecho que recopile y desarrolle los conocimientos más modernos, dando a conocer las últimas fórmulas y abacos en el cálculo de cañerías, los

últimos conocimientos en el estudio de canales, con gran acopio de experiencias realizadas hasta el año 1935, realizando todo ello el mérito de su obra.

Mucho tiempo hace que la gran mayoría de ingenieros jóvenes de ambas Universidades, formados bajo sus enseñanzas esperáramos un texto que nos sirviera a la vez de estudio y de consulta; interpretando el sentir de mis jóvenes colegas, puedo agregar que llena ampliamente las dos condiciones. Aun más, presenciando de cerca el desarrollo y el auge enormes que ha tenido la enseñanza del ramo de Hidráulica debido a su esfuerzo y competencia, vemos palpable la formación de una verdadera escuela de ingenieros que participan de sus principios y podemos decir sin temor a errar que la resolución de los problemas de hidráulica de los canales, especialmente de las singularidades y sus aplicaciones, se deben en gran parte al señor Domínguez.

Si comentáramos uno por uno los capítulos de su obra, no tendríamos más que palabras elogiosas y un íntimo convencimiento de haber agotado los recursos científicos en el conocimiento de cada tema.

El entusiasmo característico de nuestro joven profesor ha tenido completo éxito condensado en su magnífica obra de Hidráulica; sabemos que no es este su primer triunfo como tampoco será el último. Después del caudal de novedades y consideraciones originales que nos entrega, nos sentimos deudores de gratitud para con el maestro y de legítimo orgullo para con el colega.

Esperamos que los cursos de Hidráulica de ambas Universidades de Santiago siempre estén animados con la clase didáctica y el dinámico interés que sabe darles el profesor Domínguez. — **Ruperto Casanueva del Canto.**

ENRIQUE DE GANDÍA: «De la Torre del oro a las Indias». — B. Aires.

Quienes conocen siquiera un poco de historia americana saben que está en lo cierto el señor de Gandía cuando afirma que el monumento sevillano era «la última visión que llevaban en sus ojos los conquistadores; el recuerdo que siempre los acompañaba en sus aventuras; el testigo mudo del adiós de los que partían y de los que quedaban; el confidente de infinitas ilusiones y esperanzas; el nombre que tantas veces se repetía en los cantos y en las coplas, al són de las guitarras, en las tabernas, sobre las cubiertas de los navíos, en las tierras lejanas». Y el contenido de este libro no se aparta en lo esencial de este mundo de conquistadores con buena o mala fortuna. De ello da cuenta el señor de Gandía en una prosa animada, sugerente, atractiva, pintoresca en la referencia de minucias de la vida de mar, en la descripción de antecedentes de aquellas tripulaciones formadas por gentes de todo linaje, como en la armada de Jaime Rasquin, cuya expedición a estas tierras relata en el capítulo titulado «Un viaje a través del océano en el siglo XVI», en que a la verdad his-

tórica se agrega el interés que sabe imprimirle el narrador. Ya en otro libro, que comentamos anteriormente, había dado noticias el señor de Gandía de este conquistador, cuya misión fué la de fundar cuatro poblaciones en una nueva gobernación en el Río de la Plata y costa del Brasil para impedir la expansión territorial de los franceses y portugueses y terminó en la cárcel, preso por deudas, añorando acaso la gallega, la sevillana y la guaraní, tres mujeres que compartirían con él el camarote de su nao capitana.

«Los orígenes del cristianismo en la Argentina» se titula otro de los trabajos de este libro. En él se describen las vicisitudes por que pasaron los representantes de la fe para asentar por aquí la iglesia que habría de congregar a los nuevos fieles, edificios precarios, como el mandado construir por Ruiz Galán con las maderas de un navío, que sirvieron para establecer la iglesia del Espíritu Santo, cuyo cuidado estuvo a cargo del clérigo Julián Carrasco, el primer cura párroco de esta ciudad.

No menos interesante es el relato de las andanzas de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, desde su nacimiento, en 1500, hasta que se embarcó en la armada de Pánfilo de Narváez para la Florida, en 1527. Período este desconocido, el señor de Gandía lo reconstruye sobre la base de una «Relación sacada de la probanza hecha por parte del gobernador albar núñez cabeza de vaca en el pleyto que trata con el licenciado agrega, fiscal de su magestad, en el consejo de yndias», en la cual los testigos declaran lo que saben sobre las actividades de Alvar Núñez por Italia, en nombre del virrey de Nápoles, D. Ramón de Cardona, y en España, durante las rebeliones de las Comunidades y otros sucesos.

«La historia argentina y los historiadores españoles contemporáneos» es el título de una conferencia que el autor dió en la Facultad de Filosofía y Letras de esta capital. En ella pasa revista el señor de Gandía a la obra realizada por algunos historiadores españoles con relación al conocimiento de nuestro pasado. Es un trabajo de divulgación en el que destaca los nombres de quienes de alguna manera han contribuido al esclarecimiento o difusión de los sucesos que tuvieron por escenario nuestro territorio, desde la conquista hasta épocas recientes.

El libro del señor de Gandía, homogéneo en su contenido, se lee con agrado, con el interés que despiertan esas cosas cuando son expuestas en forma amena, carentes de todo inútil alarde erudito, sin que la erudición deje de traslucirse con frecuencia tras una frase, que vale por una cita bibliográfica, de esas que los hipercríticos suelen poner al pie de las páginas en apoyo de sus afirmaciones. — (*La Nación*, de B. Aires).

RAINER MA - En traducción francesa aparece una colección de cartas de Rainer María Rilke que fueron escritas entre los años 1900 y 1914. En la primera fecha, Rilke, que contaba en-

tonces veinticinco años, acababa de regresar de un segundo viaje a Rusia. Su estancia, de varios meses, tuvo una influencia profunda en una sensibilidad poética dirigida por una mujer que había sido una de las pasiones de Nietzsche en el momento más sazonado de su genio; mujer que en los años de juventud de Rilke entraba en una madurez generosa, de corazón a la par que de talento: Lou-Andréas Salomé.

A la vuelta de ese viaje, Rilke se detiene algunas semanas entre los artistas que forman una pequeña comunidad en Worpswede. Allí encuentra a una joven escultora que convirtió en seguida en su esposa y para la cual escribe largas comunicaciones, llenas de observaciones críticas, sobre escultura y pintura. Sus cartas a Lou Salomé, no menos ricas de espíritu, prefieren los temas referentes a la poesía y a la creación poética; pero en todas ellas, como en las que escribe a Ellen Key (los tres correspondientes más favorecidos de este volumen), abundan los admirables detalles sobre infinidad de cosas nimias que el don poético de Rilke colorea con matices tan adorables y que en buena parte contribuyen a la originalidad inconfundible de su prosa.

Una idea inspirada llevó a Rilke a París: la de ver a Rodin, a quien admira con una intensidad que treinta años después puede parecer rara, Rodin y París son fuentes inagotables de sensaciones para Rilke: deliciosas, en la primera; llena de amargura, la segunda. El París de hace treinta años se pinta en las primeras cartas de Rilke en párrafos tan perfectos y tan enpapados de emoción, que han pasado íntegros a algunos de sus mejores libros. Páginas breves de los «Cuadernos de Malte Laurids Brigge» (que tradujo antes que nadie André Gide para la «Nouvelle Revue Française») se leen ahora engastadas en sus cartas, entre prosa que no vale menos. Las encontramos con la cordial sorpresa de quien en una revuelta de la vida vuelve a hallarse frente a viejos amigos largo tiempo desaparecidos y cuya vista nos tira de lo más hondo del recuerdo.

Quizás por eso, y porque en las primeras cartas de Rilke encontramos la angustia de nuestra adolescencia perdida en la hostilidad gris y fría, de los sórdidos barrios parisenses, o por contraste, la sonrisa de sus días claros, la renacida esperanza, tan pronto asoma el sol amarillo barnizando de un tono rosa de té claro los pretilos del río y las torres de Notre-Dame, entre la opulencia de metal mojado de los plátanos, es por lo que aquellas páginas vuelven a renovar la emoción sentida en la primera lectura de los «Cahiers».

Hoteles de estudiantes cerca del Luxemburgo, por las calles negras y silenciosas próximas a la Escuela de Bellas Artes; calle de Bonaparte, llena de estampas y pinceles; «rue» de Seine, sumergida en la paz de sus libreros anticuarios, que tanto envidiaba Rilke; calma en tinieblas que rasga estrepitosamente a intervalos regulares el autobús, jadeante al dar la vuelta, medio tumbado, por la esquina del Instituto.

Y los escaparates de pintura. Permanente escuela en mitad de la calle, donde se fué haciendo a la buena de Dios, en pleno juego de la casualidad, la sensibilidad plástica de todos nosotros, las gentes de mi generación, en contemplaciones de cuyo sabor inefable no pueden tener ideas los últimos llegados, nacidos en tiempos más feos. Cuando llegaron los nuestros, todavía el mundo creía en Rodin, si no tan ardientemente como Rilke creía algunos años antes, con una admiración que ya comenzaba a desplazarse hacia otros escultores. Rilke llena muchas páginas de su correspondencia describiendo su encuentro con Rodin, su servicial amistad, después; un día cortada de improviso. ¡Cómo admira Rilke la pausada ancianidad gloriosa! Su lentitud, el manso transcurrir de su vida profunda, lo llenan de sentimientos cuya descripción leerá la juventud actual sin comprenderlos. ¡Cómo desprecia la prisas, la necesidad apresurada que poco tiempo después iba a convertirse en norma del mundo: la estúpida invasión americana en el maquinismo, en la literatura, en los periódicos, en el arte entero, en el tono de la vida! ¡Y qué sedante, qué impresión de verdad, honda y permanente, por contraste, la lectura de estas cartas de Rilke!

Tras de la experiencia rodiniana, Rilke viaja. Viaja mucho. Va a los países escandinavos a encontrar a cierto poeta sobre quien quiere escribir una biografía. Era un trabajo que se propuso realizar junto a otro ensayo sobre Ignacio Zuloaga. ¿Llegó a darles cabo? No tengo suficientes informes sobre la totalidad de los escritos de Rilke para saberlo. ¿Y cuándo se decidirán nuestros editores, apresurados y americanizantes, a imprimir en castellano esta literatura mansa, para gentes tranquilas? Zuloaga en el París de hace treinta años... ¿Se da cuenta el lector? Rilke hace un viaje a Munich para ver cierto cuadro suyo. En su descripción me encuentro a mí mismo ante ese cuadro, no hace muchos años, y creo haberlo contado aquí.

Rilke, después, vuelve a París. Ha reanudado su amistad con Rodin; pero ahora hace un descubrimiento asombroso: el de Cézanne. Al encontrarse con Rodin le había sorprendido su «bondad sin distancia». El verse tratado en un mismo plano, sin la bondad que nos conceden nuestros amigos protectores («casas amitiés dévalantes», como llama Gide), como el Papa cuando nos bendice desde su silla curul, dejándonos que depositemos el ósculo de nuestra reverencia en sus zapatillas. Amistades de arriba abajo, que nos convierten en los parientes pobres de nuestros amigos, cuyo encumbramiento es el misterio a voces de nuestra época y del que tanto nos réimos en las carcajadas de nuestro silencio. «La bondad sin distancia» y el corazón en la mano. Y en Cézanne, la capacidad de entregarse totalmente, infinitamente al trabajo. Como Rodin, que ni veía mujer, hijo ni familia en los sercs que lo rodeaban, y como Cézanne, que no pudo acompañar al cementerio a su madre; terriblemente, bárbaramente entregados al tra-

bajo, encerrados en su trabajo como un santo en su santidad, seca a fuerza de arder y consumirse; inclemente, evaporada de todo contacto humano; impía a fuerza de química pureza del alma.

Infinitamente sabio el uno. Indeciblemente torpe el otro. A la postre, Cézanne llega a la maestría; eventual, intermitente, pero maestría. Una nube inane, una infantilidad senil descendiendo sobre el bloque rodiniano. Es el final de una carrera, y el libro de Rilke así termina. Luego va a viajar por climas más templados: Argelia, Egipto; por fin, España. Los editores de sus cartas nos deben esta segunda parte.—**Adolfo Salazar.**

O S C A R C E R R U T O: La guerra del Chaco debía darnos también su novela. Y la esperábamos, aunque con cierta desconfianza, si

vamos a ser francos, puesto que la existencia de vigorosas y resonantes novelas europeas de un lado, y la excesiva expectación que existía en torno del suceso bélico que ensangrentó no ha mucho el suelo americano, constituían serios factores adversos que debía desafiar un libro de esta índole. Por suerte, el autor de «Aluvión de fuego» (1), la intensa novela que comentamos, ha sabido sortear admirablemente los problemas y más que una obra sensacionalista nos ofrece una buena novela americana. Desde el primer momento se ve que Cerruto se ha preocupado más de escribir bien, de realizar buena literatura, en una palabra de proceder honradamente, que de hacer concesiones a la curiosidad que diríamos «folletinesca» del público. Sin que por ello estén ausentes del libro la cruda realidad de la guerra, con todos sus horrores y también con su comedia. Un libro fuerte, escrito con sangre y que estreñece a ratos el alma del lector, que se horroriza de que todo eso que se narra allí haya sucedido en un escenario americano, a escasos grados de territorio civilizados del continente.

El autor de este libro es boliviano, y uno de los escritores de más talento en su generación. Ha participado, al parecer, en la contienda que envolvió a su país, y al través de su relato se siente correr aun ese viento de tragedia que sacudió las selvas chaqueñas. Pero, lo repetimos, en ningún momento Oscar Cerruto deja de ser un escritor, y su relato está concebido en una prosa limpia, vigorosa y que nada tiene que envidiar a la de los buenos escritores europeos. Su estilo, encendido por un lirismo moderno, sin extravagancias, pero de acento personal y elegante, hace que se lean sus páginas con delectación y hasta con entusiasmo.

No es ésta, propiamente, una novela de la guerra, en el estricto sentido de la palabra.

(1) Ed. Ercilla, 1935.

El prologuista la compara a «Sin Novedad en el Frente» de Remarque, aunque agregando que tiene mucho de «La Voragine», por su fuerza, y de «Don Segundo Sombra», por su lirismo; sin embargo, nos parece que si algún libro pudiera compararse sería más bien a «Los que teníamos doce años», el célebre libro de Glaeser. Se asemeja a él por desarrollarse en su mayor parte en la retaguardia y por ese mismo acento de sutil ironía con que el novelista alemán trata sus temas. En Cerruto la ironía baila al través de todas sus páginas, asomando detrás de cada frase, y dando así al libro un tono de agilidad que hace grata la lectura. Por supuesto que a ratos esa ironía se amarga un poco, pero sin caer jamás en el mal gusto de lo declamatorio, no obstante observarse que frecuentemente el autor es tendencioso.

En suma, consideramos a «Aluvión de fuego» uno de los buenos libros de autor americano, publicados por Ercilla y la mejor novela que conozcamos de la literatura boliviana.—**Nicolás Valverde.**

HERMANN BALTZER: He aquí un libro que describe la evolución de la lengua alemana desde su origen, abarcando el indogermánico y el germánico primitivo (Urgermanisch), hasta la lengua que escribían Schiller y Goethe y la que hoy día se habla en Alemania. Su gran valor reside en exponer los elementos de la filología germánica en un estilo claro y vigoroso, comprensible para todo lector culto. Nunca se limita el autor a examinar de un modo abstracto los procesos fonéticos o morfológicos, sino que hace resaltar la relación que existe entre la lengua y la vida. Por eso trata con preferencia del vocabulario. El vocabulario indogermánico reconstruido, por ejemplo, sirve para presentar el estado cultural de la raza que habló este idioma (pág. 45 y siguientes), y aquí, el especialista tendrá que exteriorizar su opinión sobre métodos nuevos de la investigación, como la nomenclatura de las constelaciones, usada para datar los remotos acontecimientos culturales y lingüísticos. Mucho interés ofrecen las notas sobre la historia de las lenguas escandinavas (pág. 86 y siguientes), el inglés (pág. 94 y siguientes) y el holandés (pág. 188 y siguientes), y el capítulo que se ocupa de las gramáticas de Clajus (1578), Schottelcius (1663) y Jakob Grimm (1819). El libro, bien presentado, lleva tres claros facsímiles de manuscritos y algunos buenos retratos de importantes poetas y gramáticos. Lo recomendamos fervorosamente a quienquiera que busque una introducción a la filología germánica, escrita sobre una base científica, pero que se aparta de lo abstracto y de la pesadez de muchas obras especialistas.—**Werner Matz.**

GUNTHER KRAUSS No se sabe a qué atribuir más importancia en este libro, si al tema que encierra, o al carácter especial de su exposición. Se trata de una disputa sostenida en la Universidad de Berlín por el doctorando

Günther Krauss y su contradictor von Schweinichen, y ver impresa esta discusión es un hecho nada corriente en nuestros días, en los que tales torneos científicos dentro de aulas universitarias no son más que un triste recuerdo, mantenido vivo a fuerza de referencias ocasionales en los manuales históricos de la obra estudiantil en épocas anteriores. Carl Schmitt, cuyos méritos científicos han podido también apreciar los estudiosos de lengua española gracias a la traducción de algunas de sus obras, la más reciente de las cuales es su «Teoría de la Constitución», ha prestado su siempre valiosa colaboración explicando el sentido de esta disputa y resumiendo en un epílogo las razones que acompañan a ambos contrincantes. El tema es el punto neurálgico del Derecho político científico de la Alemania actual, ya que el concepto del Estado de derecho, tal como fué concebido por el liberalismo burgués, no tiene cabida en la ideología nueva. Frente a la tesis de Krauss, que «el concepto del Estado de derecho está sujeto a la situación jurídico-constitucional» y que «no tiene ya justificación alguna en el Estado del siglo XX», se opone el contrario punto de vista del contradictor: «La palabra Estado de derecho puede usarse en el sentido de designar la típica correlación de Estado y realización del Derecho; entonces había en la Historia tantos Estados de derecho como estados hubiesen existido en los que el Derecho ha encontrado su validez típica. Visto así, el Estado del siglo XIX aparece como Estado legal típico, mientras que el Estado nacional-socialista es Estado de derecho en un sentido verdadero.» Schmitt resume las manifestaciones de los dos disputantes en una crítica tan sagaz como original, y no exageramos diciendo que el contenido del librito, tanto en un sentido lógico material como formal, merece ser conocido y meditado por quien profese el noble arte y ciencia del Derecho, aunque no todos se identifiquen con las ideas expuestas.—H. Daneiko.

NORBERT GURKE: Volk und Völkerrecht. Tübingen.

Bajo el dominio espiritual de un pensamiento jurídico basado en lo esencial en concepciones liberales, se han formado no solamente principios generales del Derecho político, sino también del Derecho de gentes, que precisaron una revisión y crítica profundas por parte de un pensamiento que no estaba en la misma base. Dada la relación peculiar de las dos esferas del Derecho político y del Derecho de gentes, no extraña que el concepto portador

del Derecho político se refleje también en la esfera internacional, siendo aquí un factor eficiente. Los primeros capítulos del presente libro diseñan por eso en primer lugar las ideas políticas de importancia decisiva para la formación de la voluntad estatal en la cultura occidental. Son las ideas de la democracia, del marxismo, el nuevo nacionalismo y, finalmente, el fascismo. La crítica de estas ideas parte del pueblo como factor fundamental. Esta nueva base se interpreta con especial penetración en el segundo capítulo que se ocupa de los problemas de la relación entre el Derecho político y el de gentes, vistos desde aquel factor fundamental. La extraordinaria fertilidad que este nuevo concepto tiene para el pensamiento jurídico internacional se muestra también en los demás capítulos, en los que se estudian problemas y conceptos básicos del Derecho de gentes como son la Soberanía, el Tratado internacional, la Paz y su garantía, y la Guerra. También se desprende de aquí claramente que el Derecho de gentes es determinado siempre por el concepto de Estado en que se funda. También se hace evidente que el pensamiento derivado del pueblo posee un concepto del Derecho y de la Paz de más rico contenido que el pensamiento pacifista de las democracias del Oeste de Europa. El capítulo final, dedicado a las ideas de la «comunidad de gentes», resume el contenido de la obra.—C. Alboraya.

HELMUT ALLARDT Allardt ensaya en esta obra una historia crítica de las Teorías del Estado en Alemania, desde el siglo pasado hasta nuestros días. La parte primera trata

de las tendencias ideológicas, políticas y sociales como supuestos de la estructura política del pueblo alemán en el siglo pasado, reseñando la esencia y los caracteres de la teoría orgánica del Estado (Kant, Hegel, Escuela histórica), de la teoría románica (von Stein, Stahl), de la positivista (Zopf, Laband) y de la concepción del Estado por la burguesía liberal (Gierke, Jellinek). En la segunda parte, tras un estudio preliminar acerca de la Guerra mundial y sus reflejos en la evolución del pensamiento y la política social, clasifica el autor las tendencias más notables en el período cuyos extremos los marca la citada conflagración internacional y la revolución nacional socialista, distinguiendo entre los métodos del teleológico-positivista (Thoma, Anschütz), institucional-ideal (Triepel, Keller, Kottgen) y el fenomenológico (Smend, Leibholz). La tercera y última parte está dedicada a la concepción del Estado desde la revolución nacional socialista (Krieck, Schmitt, Hohn) mereciendo especial atención los párrafos relativos a la esencia de la comunidad y su realización en el nuevo Reich. La brevedad y claridad de la exposición y la abundancia de problemas y sugerencias contenidas en el libro, escrito sobre una base sólida de conocimientos y cri-

terios, son características que permiten recomendar esta obra como guía sucinta y oportuna a través de las vicisitudes de la Teoría del Estado en Alemania.—H. Daneyco.

WILHELM GLUNGLER: *Recht und Staat als Arbeit. Grundgedanken einer Wirklehre des Staats und Rechts.*—Heidelberg.

Los lectores recordarán seguramente alguno que otro ensayo de Glungler reseñado en estas columnas, y tendrán alguna idea de sus concepciones del Derecho y del Estado, que giran alrededor del pragmatismo jurídico y político. De los escritos posteriores del autor queremos mencionar el folleto titulado «La enseñanza del Derecho y el Profesor» («Rechtslehre und Rechtslehrer», 1931), en donde acertadamente esboza el arduo problema de los estudios jurídicos, a cuya resolución aspira la reciente reforma de estos estudios en las Universidades alemanas.

Otros dos tomos, titulados «Prolegómenos a la política jurídica» («Prolegomena zur Rechtspolitik», 1931) contienen interesantes y sugestivos ensayos acerca de la formación del Derecho y las leyes fundamentales de una política jurídica.

Y, finalmente, en el ensayo recientemente publicado cuyo título encabeza estas líneas, Glungler resume, en cierto sentido, los resultados de una interpretación pragmática o energética del Estado y del Derecho, estableciendo una teoría «activista» de los mismos elaborada a base de experiencias prácticas del autor. Supone nuevas concepciones filosóficas de la fenomenología, esencia y valor del Estado y Derecho, y como teoría política, el principio de la dirección y la necesidad del Estado. Finalmente, como teoría jurídica, destrona la letra, el concepto y el caso aislado, señalando al pensamiento orientaciones hacia correlaciones más amplias.—H. D.

MARCOS BRITO NOVOA: «Horóscopo de medianoche».—Santiago.

Una vez más don Marcos Brito Novoa, inteligente y estudioso doctor en medicina, oriundo de Los Angeles, ha lanzado a la publicidad, por la Imprenta Nascimento, una nueva obra novelesca, titulada «Horóscopo de medianoche». Ha escrito hasta ahora el señor Novoa, «Mahuida», «Las plumas de mi nido», «Polvareda», «La operación de Freund», «Hará Umán».

Ya en 1924, si no recordamos mal, tuvimos el placer de dar nuestra franca y desinteresada opinión en el diario «El Siglo» de Los Angeles sobre esta última obra, «Hará Umán», y decíamos entonces: «El mérito de esta novela de corte realista, no está en su argumento solamente, y que es la eterna llamarada artística que destumba y arrastra a las multitudes, que también saben alejarse y olvidar, al pálido y fúnebre fulgor de la luz que se apaga sola y en silencio, por la

inconsciencia humana, esclava siempre sólo del éxito, como olvidó a la protagonista Hará Umán, en su lecho del hospital «donde se durmió tranquila una noche, después de tanto tiempo que no dormía».

Su mérito está en su admirable realismo, en el espíritu de observación del autor, en el colorido extraordinario y atrayente del lenguaje, en la flúidez y naturalidad del diálogo.

Hoy, ante «Horóscopo de medianoche», y después de diez años de ausencia de Los Angeles, durante los cuales perdimos de vista al joven y laborioso doctor Brito, no resistimos al deseo de decir algo sobre esta nueva novela del estimado doctor.

Ella es distinta en todo a «Hará Umán», porque no es cuadro naturalista de la bohemia europea, entre estudiantes, en que la pobre y alegre traviata Hará Umán concluye con sus encantos y alegría en la sala común y triste de un hospital, sino que la base de toda ella es el planteamiento y porfiado sostener del protagonista, de una tesis científica, en el campo de la medicina: la prolongación de la vida o la reparación del sopio vital en un organismo declarado cadáver, por la rutina y falta de estudios y aparatos y substancias químicas correspondientes a esta verdadera resurrección.

Durante la narración, vuelve un grupo de estudiantes de medicina, hospedados en la pensión llamada «Criadero de Médicos» con sus travesuras estudiantiles y alegrías y fáciles amoríos, a despertar el interés del lector; siguen después escenas de carácter político en que el nombre de Ibáñez y la dictadura son acerbamente criticados; las luchas de clases, el socialismo, los falsos apóstoles de la Rusia revolucionaria, representados en Chile por fervorosos demagogos, ocupan otra gran parte de la obra. El héroe principal, Hernán Canto, doctor en medicina e hijo de un rico hacendado de Los Angeles, es el sostenedor empecinado de la tesis médica ya dicha. Abandona la capital, sus amoríos ocasionales de estudiante, y el verdadero y profundo cariño de todo un profesional, para establecer en una scranría de Santa Bárbara en la hacienda de su padre, una clínica renovadora de la vida humana, por la electricidad y la química.

Después de una serie de peripecias dramáticas, el protagonista, descubierto en su loco empeño y vendido, en su afán de resucitar cadáveres, es acusado por la justicia, de la que huye hacia la frontera argentina; en una horrenda noche de nevada, muere en el camino y su cadáver aparece después del deshielo, enredado en el ramaje de una araucaria.

La obra tiene sus extrañas novedades psicológicas con el incomprensible carácter de su protagonista, enamorado y escurridizo a la vez, hijo de un capitalista y con todo, de ideas socialistas; su desclavetamiento y neurastenia lo llevan a despreocupar las comodidades de la vida, en el palacete que su padre tiene en Valparaíso, y se encierra entre las cordilleras nevadas de Santa Bárbara; sus estudios, su talento y orgullo lo llevan al utópico esfuerzo de resucitar cadáveres y,

naturalmente, fracasa y sucumbe. Seguimos sosteniendo que el doctor Brito reúne condiciones sobresalientes en el género narrativo, por su rica imaginación, por la naturalidad de su estilo, la selección del lenguaje, la extraordinaria facilidad de la expresión y del diálogo, el espíritu de observación, bien cultivado y bien dirigido al objeto destinado.

Si a estas virtudes, que no son pocas, se agrega la circunstancia de que el autor es un médico que vive del cuidado de su clientela que debe quitarle gran parte de su tiempo, y que no busca dinero con sus excepcionales condiciones de escritor o novelista, puesto que ya lo posee por herencia y por trabajo personal, se comprenderá muy bien que estos esfuerzos intelectuales del señor Brito son hijos no del mezquino interés pecuniario, sino de su inclinación natural que lo lleva hacia el arte, hacia la poesía, el cuento y la novela, como puras y santas manifestaciones de su espíritu culto.

Felicitemos muy de veras al señor Brito y le estrechamos la mano desde aquí efusivamente, deseando que no deje enmohecer la péñola para su propia satisfacción y riqueza de las letras chilenas.—**Darío Cavada C.**

MAGDALENA PETIT. La señorita Magdalena Petit, que hace dos años novelara con mucho éxito un episodio de la vida de doña Catalina de los Ríos y Lisperguer, esa «Quintrala» de la Colonia que ha pasado a la historia envuelta en un resplandor rojo y negro de terror y de odio, publica ahora un drama en cinco actos en el cual lleva a la escena el mismo episodio con el que escribió su relato novelesco.

El drama tiene un profundo interés. Los episodios que la autora ha elegido y ha unido en cronológica sucesión, son los más salientes de la vida atormentada, desigual y pecadora de la dama de la Colonia. Al iniciarse la obra, el lector asiste a una escena en que muere el padre de la heroína, asesinado por ésta, según la acusa una tía. Y en toda la obra continúa el mismo tono de tragedia, de la acción que transcurre, mostrando el vendaval de pasiones encontradas que agitan el alma de doña Catalina de los Ríos. El asesinato de don Enrique Enríquez de Guzmán, el matrimonio de la «Quintrala» con don Alonso de Campofrío, la pasión mística y sensual de doña Catalina por Fray Pedro de Figueroa, su guía y conductor espiritual, se desenvuelven en los distintos actos del drama unidos por la figura central de la heroína. Esta llena toda la obra y la autora ha logrado el acierto de mostrar al desnudo, en unos cuantos cuadros trágicos, el alma, tan llena de interés de la «Quintrala». Destinada a hacer el mal, a gozar con raro deleite en el mal, parece la vida de doña Catalina de los Ríos empujada por extraña fatalidad. La autora pone en labios de su personaje, en un diálogo que sostiene con Fray Pedro de Figueroa en el primer acto, un análisis despiadado pero, acaso, muy certero del espíritu enigmático que animó a la «Quintrala». El estudio de esta dama compleja y

curiosa, víctima de poderosas taras, de fuertes supersticiones, de delirios místicos y de un temperamento dominador y ajeno a todo control ha seducido a la señorita Petit, que primero le consagró una novela, y que ahora le dedica un drama. En la obra teatral la autora tiene la ventaja de colocar más en relieve los rasgos dominantes de su personaje y mostrar a los ojos del espectador, del futuro espectador porque la obra no se ha representado, el espíritu indescifrable de doña Catalina.

El estilo en que se encuentra escrito el drama, es sencillo y adecuado a los personajes y a la época. Tal vez el lenguaje que emplea Naticón-Jetón, «joven esclavo de Catalina» es excesivamente pueril, como también son pueriles los ritos de magia y exorcismo a que se dedica la nodriza de la heroína, junto con ésta. Posiblemente en una representación las escenas de magia tengan gran fuerza dramática, pero al leer la obra se advierte que la autora debe imponerse un trabajo excesivo para escribir las invocaciones de la nodriza de la Quintrala, a fin de que acuda a la mansión de ésta, alguna de las personas, en que ella tiene interés.

La obra de la señorita Petit, demuestra un esfuerzo significativo y atendible para realizar una interesante reconstitución de un pedazo de la época colonial, en el teatro chileno.—**A. V. A.**

DYOMEDES DE PEREYRA. «Hojas al viento».—Santiago. Anidado a cuatro mil metros de altura, lejos de las perspectivas del mundo, cuando el boliviano rico o

intelectual siente la tentación del océano, su voluptuosidad de distancias no se agota. Dyómedes de Pereyra no es el único boliviano que ha sabido hacer un deporte de juventud del viaje y la aventura. He corrido a muchos otros portadores de apellidos ilustres, hacer tumbos turísticos a lo largo de América y a lo ancho del mundo.

En «El valle del sol», Dyómedes de Pereyra envía el hilo tenso de su imaginación hasta el fondo de la selva brasileña. En su libro reciente «Hojas al viento» es el mismo el que penetra en las espesuras mucho más amargas de la vida moderna. Es una autobiografía edificante, un género nórdico de literatura personal. En el norte sajón más que la oculta agonía de las almas tuvo favor literario la odisea de la voluntad labrándose el camino del éxito.

«Hojas al viento» es eso, la autobiografía del «chofer», no la autobiografía del romántico paisaje interior. Es la historia de un Dyómedes de Pereyra que después de unas breves andanzas por la América del Sur se precipita en medio de la vida de las ciudades norteamericanas para conquistar ahí su puesto. Este personaje Dyómedes de Pereyra tiene, desde luego, músculos suficientes para llevar a cuestras la escala de su propia ascensión.

Antes de surgir el escritor, el hombre había modelado sus nervios en la conquista del dólar. El libro de Dyómedes de Pereyra se

el relato de una vida alrededor de un mesón, quizás en algún puerto, tal vez en una posada de camino real.

En el lector de estos lados de América tiene que despertar más interés este último libro que su novela «El valle del sol», cuyas descripciones, a la inversa, han debido ser de inmensa sugestión para los lectores norteamericanos. Es el comercio mútuo de dos sensaciones distintas.

Dyómedes de Pereyra quiere salvar al yanqui de la opinión desventajosa en que se le tiene por aquí. Frente a la pura moral del escritor boliviano opone la tendencia infantil y práctica de la perfección. Da vuelta al doble individuo dejando arriba al puritano y abajo al mercader. El yanqui, según Dyómedes de Pereyra, cultiva dentro del egoísmo de las seguridades externas los mejores capullos de la idealidad y del amor altruista por los méritos y las virtudes ajenos.

Libro interesante, en que se ve al hombre buscar la línea recta entre el carrusel de la vida norteamericana. Esta autobiografía parece no perseguir la finalidad literaria para no debilitar el realismo de la realidad misma.—Ramiro Pérez Reinoso.

LUIS ALBERTO SANCHEZ: «Breve Tratado de literatura».—Santiago. Muchos son los que aspiran a convertirse en escritores; pocos los que llegan a término. La razón la daría el inmortal Pero

Grullo: para salvar todos los obstáculos de un camino difícil, se necesita una voluntad poderosa y una fuerte afición innata. En este caso especial de la literatura, no basta saberse de memoria las reglas gramaticales y los preceptos de la retórica; falta algo más, que está precisamente en la sangre de cada uno.

Es lo que nos advierte Luis Alberto Sánchez, que, dejando por un momento a un lado sus arreos de aprista militante y combatiente, se nos presenta ahora en calidad de dómine, abonado por su título de catedrático de la Universidad de San Marcos: «Nadie aprende a escribir bien en un tratado de Preceptiva; lo único que se gana es ordenar los conocimientos teóricos en materia literaria, y saber cuándo se escribe con corrección...»

Yo agregaría que la Preceptiva no hace más que ponerle un nombre a las cosas: esto se llama un «tropo», lo de más allá «hipérbaton»... Tiene el profesor de retórica junto al escritor, el papel de «cicerone» al margen del turista: lo ilustra pero nada le enseña.

No se ha apartado Sánchez en este su libro didáctico de las normas que han venido marcando los viejos preceptistas pero lo salpimenta con su estilo ágil y lo ameniza con bien escogidos ejemplos: no es el profesor de sembrante adusto, si no el amigo que pareciera añadir entre dientes: «Aprendan esto aunque no les va a servir de mucho...»

La novedad principal está en los capítulos finales, donde nos habla de los géneros literarios y entra en explicaciones sobre las

modernas tendencias. Al revés de la gran mayoría de los retóricos, no se asusta, ni menos se indigna ante las extravagancias de los modernistas: las explica y hasta se podría pensar que las aplaudiera. Sánchez es hombre que marcha con el siglo y que no quiere quedarse de ningún modo en la retaguardia: es de los que piensan—y piensa muy bien—que reglas y vocablos son como la vida: vibran y se transforman: lo que se escribe hoy no podrá ser un paradigma para mañana, y así sucesivamente...

Conviene citar de paso lo que expresa sobre la crítica: «No es verdad que la crítica tenga por objeto censurar. No. La crítica «orienta». Por eso la primera condición de la crítica es «comprender». En tres páginas se extiende sobre el tema, y llega a la conclusión de que no puede ser crítico quien no ha nacido con un espíritu de artista. Debe ser como un audión, capaz de captar ondas de diversas longitudes y las más lejanas, y las sensaciones que el libro juzgado le despierten debe transmitirlos en un estilo armonioso, vibrante. «El crítico debe escribir por lo menos con igual armonía que el literato creador».

Son igualmente muy interesantes sus recomendaciones sobre la oratoria y la elocuencia «Leer un discurso—repite—no es oratoria: es simplemente lectura». El orador debe improvisar, pero esto no significa que no haya pensado bien lo que va a decir; su improvisación será aparente, porque no tiene ningún papel en mano; el discurso estará ya todo en su cerebro; pero la forma podrá ser modificada por el ambiente y las circunstancias. Se halla dotado el mismo Sánchez de buenas condiciones de tribuno—es de palabra fácil y florida, y sabe pasar de lo jocoso a lo patético, y de lo incisivo a lo grandilocuente—de manera que no es poca su autoridad para hablar de estas cosas.

En Chile son muchos los que hablan, pero escasos los que llegan al éxito. Nuestro carácter frío se presta poco para la oratoria. Vemos, en cambio, cuánto mejor lo hacen los que vienen del trópico; citemos, para el caso, a don José María Perla, colombiano, que ha obtenido sonados triunfos oratorios entre nosotros. Y cualquier estudiante peruano, ecuatoriano o centroamericano nos supera.

Parecería, por esto, que el sol influye mucho para que la imaginación se despierte. Sólo que nuestra inferioridad en este sentido podría ser compensada con el estudio, con un poco de voluntad creadora. Leamos lo que Luis Alberto Sánchez nos recomienda, y procuremos no echarlo en saco roto. De mucho les servirá a los oradores de asamblea y a tantos que se creen un Cicerón a la hora de los postres...

Un pequeño reparo antes de terminar. En la página 59 incluye Sánchez a «sofá» entre las palabras francesas que han pasado al alemán. Ha querido decir, sin duda, que ese vocablo pasó a Alemania a través de Francia, pero no que sea francés, porque no ha de ignorar que es tan árabe como «alcalde» y «aceituna». No está de más añadir que

«sofá», significa en árabe «dos sentados».—
Januario Espinoza.

DANIEL DE LA VEGA: «La Quintrala», poemas dramáticos. Santiago.

Pocos poetas chilenos más frescos, diáfanos y espontáneos que Daniel de la Vega. La jubilosa afluencia lírica, la naturalidad de la expresión poética, el don innato del ritmo y la frase musical, el color y la belleza de las imágenes revelan al ser que vive en estado de inspiración, de gracia, como dijera D'Annunzio.

La mayoría de los poetas lo son por excepción. En ocasiones solemnes acuden al verso para conmemorar episodios trascendentales de su vida, y bajan apresurados a la prosa cotidiana para no marearse en el aire delgado de la altura. Cuando elevan el canto se les advierte el rostro congestionado por el esfuerzo y se oye el jadeo de la fatiga. De la Vega, que vive por y para el arte, que tiene al verso y a la prosa lírica por modos cotidianos de expresión, nos muestra que la poesía, como Dios, está en todas partes, para los hombres de fe profunda y buena voluntad. Que las almas puras hallan belleza en todo, como la flor hace perfume del lodo, como el fuego hace luz de materiales heterogéneos.

Rasgos esenciales de la obra del autor de «Ménade» son su fe incommovible en un devenir espiritual y en un futuro mejor para la humanidad. Dotado de amplia visión y de esas percepciones intuitivas que son la antena de las naturalezas poéticas y filosóficas, su esperanza parece haberse fortalecido ante los quebrantos y trastornos, ante el éxito del materialismo y la apoteosis de la vulgaridad. Sin caer en el optimismo ingenuo del doctor Panglos, mientras su ceño se frunce ante las injusticias y los egoísmos, su esperanza sonríe de estas miserias humanas y nos dice que ellas son herramientas necesarias en la evolución hacia el bien y la belleza, como en el árbol las espinas defienden su amor que se entrega en aromas, flores y frutos, como el edificio necesita asentarse en rudos peñascos para abrir sus puertas al peregrino, sus balcones a los horizontes y para levantar terrazas que miran a las estrellas. De la Vega nos dice en su poesía que la crueldad, el odio, el egoísmo, la guerra, son etapas en que el hombre actuó impulsado por amor a sí mismo, a su tribu, a su familia. Está muy cerca el período animal. Los instintos de ataque y defensa son aún muy violentos. Déjense crecer las uñas del hombre y la mano trabajadora se convertirá en zarpa hiriente. Pero el círculo de amor del hombre se dilata. Pasa a la familia, a la patria, a la humanidad. Cumplida su saludable misión de formar y defender al individuo, el odio queda ocioso. Falto de empleo y ejercicio comienza a atrofiarse, y entonces el amor va tomando su sitio a medida que se advierte que no son tantos los peligros que corremos, que el aislamiento es estéril, que necesitamos conocer y simpatizar con otras almas para conocer la nuestra. No es tan difícil la transición del

odio al altruismo, como muchos creen. Basta considerar que el odio es amor a sí mismo y temor a los demás. En el altruismo el amor llega hasta los otros y el círculo del temor se aleja. Cuando nuestra personalidad es muy limitada cree hallar su puesto, su antagonista, en todas partes, y es recelosa y desconfiada, está siempre en guardia contra peñeros imaginarios. A medida que se desarrolla va descubriéndose semejanzas en elementos que antes consideraba hostiles y se va hallando inesperadas vinculaciones en el mundo que la circunda. Es necesario que en el terreno volcánico libren primero una ruda batalla las malezas para ablandar la tierra y hacer posible una flora benigna. Hacía falta que las hordas salvajes y las tribus bárbaras pelearan ferocemente y regaran con sangre el suelo para que puedan algún día vivir razas fraternales que laboren cantando.

La fe de Daniel de la Vega en la perfectibilidad del hombre, en el mejoramiento general de la sociedad, en que una época de idealidad y esperanza ha de seguir a esta edad de tristeza materialista, se afirma en muchos de sus poemas. Citaremos sólo «Oriente», uno de sus aciertos máximos, «Fuego», «Los Tiempos se Acercan».

Al lado de estos altos y trascendentales aspectos, subsisten en de la Vega, como modalidades secundarias de su personalidad, la remembranza emocionada de un pasado bohemio y aventurero, lleno de locas ilusiones juveniles, y cierta actitud de jactancia varonil, que a veces bordea en el donjuanismo y en el sadismo. Esto sirve, tal vez, para darle más variedad y carácter a su poesía.

Citaremos al azar algunos versos del poeta, que se han quedado en la memoria:

DANTE

Altivo y solitario, alzas tu perfil duro
 sobre tu siglo en llamas que te envidia y to
 (asedia,
 y desdeñosamente arrojas el obscuro
 torrente de tercetos de bronce en la Edad
 (Media.

Surgiste. Ante tu verso forjado en fuego
 (eterno
 el destino cayó de rodillas, sumiso,
 y luego de arrojar tus odios al infierno
 tu sandalia pisó tierra del paraíso.

Aunque tu corazón llegó lleno de estrellas
 y era tu pecho claro de una estirpe divina
 tus odios desgarraron las rimas y por ellas
 todavía gotea la sangre florentina.

Y ese tu amor montaña. Forzaste la sonora
 puerta del Más Allá persiguiendo su huella,
 y en su perfil persiste tanto encanto que ahora
 cada mujer amada se parece algo a ella.

PORQUE SE QUE ME ESPERAS

Soy capaz de vivir
 y andar entre los hombres mientras me llega
 (el día,
 y ver que aun el sol tiene afán de salir

y que en algunas noches hay luna todavía, porque sé que me esperas, risueña y calladita, en el umbral en donde Caronte te dejó; porque sé que algún día he de ir a la cita a la cual ningún hombre de la tierra faltó; porque sé que no muere ningún arranque no-

(ble

y allá tienen las almas eterna juventud, y se que en algún sitio ya está creciendo el
(roble
que ha de darme las cuatro tablas de ní
(ataúd.

Porque todo este mundo que mi tristeza

(mira,

esta luz, estas rosas, este mar, este prado, esta tierra que gira
y ese cielo estrellado,

todo esto es solamente el sepulcro profundo donde mi fe dejó tu cuerpecito inerte, y donde este perdido caminante del mundo está perpetuamente meditando en la muerte. Este sol y esta clara primavera inflamada, las nubes y los cielos, la montaña y la luz, no son más que detalles de su tumba ado-

(rada,

adornos melancólicos de su blanco-ataúd...

De la Vega ha desgranado sus versos jubilosamente en el correr de los días, con algo de la improvisación de la obra periodística. Ha escrito sin duda poemas que quedarán y en cualquiera de sus versos hay un destello de belleza. Las abejas que salen de sus colmenas regresan siempre trayendo algún polen a sus panales líricos. Pero, a estas alturas, quisiéramos verlo detenerse a meditar, dejar subir el agua en sus represas, y pensar en su mensaje lírico definitivo. La posteridad tiene demasiado de qué ocuparse y no puede conceder mucho espacio.—D. P. B.

A. LESTER BODDINGTON: «Estadística y su aplicación al comercio».—Barcelona.

Es la actividad mercantil culminación o remate de otras actividades que la preceden y que con ella integran la llamada actividad económica. Se

nos ofrece y presenta, pues, la actividad mercantil, no como una actividad sustantiva, sino como eslabón terminal de una cadena que empieza en la producción.

De otra parte, en la actividad comercial, vista en sí y como aislada de las actividades que la preceden y a ella conducen, juega o se conjuga una serie de específicos factores, de cuya ponderación y dinámica depende el rumbo ascendente o depresivo de la misma.

Enfocada y vista así la actividad mercantil, es obligado concluir que al sujeto de esta actividad, al comerciante, le será, no ya sólo conveniente, sino necesario, conocer con precisión y detalle el juego e influjo de cada uno de esos factores dentro de su negocio, así como también descubrir y conocer aquellos supuestos o estímulos capaces de provocar una mayor demanda de su mercado.

¿Puede el comerciante llegar a este conocimiento que le permitirá asentar su negocio sobre bases firmes y encaminarlo por rutas de amplitud y prosperidad?

La respuesta rotunda y afirmativa se impone después de la lectura del libro de Lester Boddington, en el que con método sencillo y claro expone cómo la estadística (hasta ahora aplicada tan sólo a los negocios de banca, seguros, tráfico ferroviario y algunos pocos más) puede ser aplicada a todos los ramos, cualesquiera que sean la naturaleza y volumen de la actividad comercial.

Si quisiéramos expresar en pocas palabras la esencia y finalidad del libro de Boddington, diríamos que no eran otras que la de dar a los cálculos y previsiones que regulan la actividad comercial base segura y exacta.

La acogida dispensada a esta obra por el comerciante inglés, primero (para el que se han hecho ya cinco ediciones), y por los comerciantes de Holanda, Alemania y Francia, a cuyos países ha sido traducida, dice bien claro de su utilidad.

La editorial Labor, en su grande y utilísimo empeño de dar a conocer en España las obras meritorias y útiles de la literatura económica, ha enriquecido ahora su colección con esta obra, que no dudamos será bien recibida por cuantos en nuestro país vienen dedicando tiempo y afanes a las actividades mercantiles.—R. del C.

INAZO NITOBÉ
«Le bushido,
l'ame du Ja-
pon». Paris.

Recibir en estos momentos que los españoles vivimos la traducción francesa del famoso libro de Inazo Nitobé parece cosa buscada con un propósito de oportunidad. Este estudio de la caballería japonesa, hecho por un japonés; esta noble glorificación del «bushido», o sea del culto del honor, se nos ofrece, no como una novedad, pues el libro es conocido hace muchos años, pero sí como algo en renovada sazón y atinada coincidencia con sucesos por demasiado recientes aun vivos y palpantes.

El término «bushido», que significa «camino del guerrero», venía a significar como un concepto de moral, con el que se tendió a que el pueblo japonés, en la hora del triunfo, no echase en olvido las leyes del honor heredadas de sus antepasados, el espíritu de sus «samurais», contenido en máximas orales recogidas por sus moralistas, sus poeta y sus dramaturgos, y latente en multitud de hermosos ejemplos de que la historia de aquel país está llena.

Esos nobles sentimientos de que el alma japonesa está henchida fueron ya descubiertos por San Francisco Javier cuando llegó a aquellas tierras en plan evangelizador y halló entre los paganos que las habitaban virtudes y principios morales que en las tierras occidentales iban faltando.

La influencia del «bushido», señalado como un privilegio de casta, ha sido considerable en las clases inferiores de la sociedad ja-

ponesa.

ponesa, donde nació un afán y un estímulo de imitación, que produjo saludables reflejos, ordenadores de nobles conductas particulares, con lo que vinieron a sembrarse en el alma del pueblo principios de grandeza.

El libro de Inazo Nitobé termina con un acto de fe en los destinos de su pueblo, y no parece, por lo que vamos viendo, que en sus esperanzas vaya descaminado.—G.

LUIS GALDAMES: En el número anterior de los «Anales de la Universidad de Chile» dimos una pequeña reseña de esta obra, y prometimos ocuparnos más extensamente de ella, lo que hacemos con agrado.

El autor de este libro, actual Decano de nuestra Facultad de Filosofía y Educación, formó parte de la Misión Educacional Chilena contratada por el Gobierno de Costa Rica.

Uno de los frutos de esta misión es la obra que comentamos.

El señor Galdames, con el vasto conocimiento que le dan sus muchos años de profesor de educación secundaria y superior, de Rector de Liceo, y de Decano de la Facultad que hemos nombrado, ha hecho una labor acabada y del mayor mérito, que dedica a otro viejo maestro y publicista, el señor don Domingo Amunátegui Solar.

Cupo en suerte al señor Galdames confeccionar el proyecto de ley destinado a restablecer la Universidad de Costa Rica, proyecto que, en su conjunto, es una adaptación a Costa Rica de las instituciones universitarias chilenas, en cuanto, en dicho país, ha parecido viable su funcionamiento, incorporándose en él modalidades que caracterizan a otras modernas corporaciones de esta especie, como lo dice el mensaje con que el Ejecutivo envió al Congreso el mencionado proyecto.

Empieza el señor Galdames por hacer un estudio sobre la Universidad en Hispano América.

En seguida, analiza lo que es la Universidad de hoy y lo que será la Universidad de mañana.

Dedica capítulo especial al centro de estudios que tuvo Costa Rica y que se llamó «Universidad de Santo Tomás», y señala algunos rasgos de su historia que vale la pena conocer. Dice: «Ella fué apenas una prolongación incompleta y tardía del tipo de la universidad colonial, que por lo mismo no consiguió hacer arraigo en la sociedad de su tiempo, pues esta sociedad empezaba a contemplar el mundo al través de un nuevo espíritu. Con todo, agrega, esa Universidad merece recordarse como el noble intento de una generación animada de un fervor anunciador de otras grandes empresas».

En el capítulo IV, el señor Galdames delineó la estructura de la Universidad de Costa Rica.

«La Universidad, expresa, necesita del pro-

fesor que se le consagre en lo posible totalmente, del profesor a «full time», desprendido de cualquiera otra preocupación sería que no sea la cátedra. Pero ello significa pagarlo con una remuneración que le reemplace las entradas que él renuncia a percibir en el ejercicio libre de su profesión; porque, uniformemente, o poco menos, el profesor universitario saldrá del campo de las profesiones liberales; es decir, será un egresado de la misma Universidad en que va a prestar sus servicios o de alguna otra. Sin esa compensación, agrega,—es menester afirmarlo rotundamente,—no habrá profesor con la eficiencia máxima que se le debe exigir; ni habrá en consecuencia, Universidad recomendable.»

«Digamos, añade, de una vez, que, sin dinero en relativa abundancia, no hay ni puede haber Universidad; porque no podrá contarse con profesorado competente, ni con las instalaciones y el material de trabajo que los métodos modernos requieren.»

Como antiguo maestro, el señor Galdames, ha visto que el problema que podría presentarse en Costa Rica es del todo semejante al que se ha presentado en nuestro país.

En el capítulo V, el autor estudia el alcance que podría tener la autonomía de la Universidad de Costa Rica, y dice que, al soliciársele la redacción del proyecto de ley, los jóvenes del Centro de Derecho de San José de Costa Rica, le manifestaron con insistencia que lo que deseaban era una Universidad «completamente autónoma», sin subordinación alguna a la autoridad del Gobierno.

Termina este capítulo con las siguientes palabras: «Consideramos un honor para Chile y para la cultura chilena, el que esa soberanía haya adquirido cuerpo bajo la inspiración de su Universidad, aunque a ella misma no le alcance con la amplitud a que es acreedora».

El capítulo VI lo dedica al gobierno de la Universidad, y dice que en el régimen que el proyecto orgánico propicia, la autoridad máxima reside en la Asamblea Universitaria, equivalente, en parte, a lo que en Chile y en otros países se llama todavía «Claustro Pleno». Señala, sin embargo, las diferencias que existen entre Asamblea y Claustro Pleno, las que consisten, principalmente, en la naturaleza y extensión de sus funciones.

El capítulo VII lo titula «La Academia Orientadora».

En el capítulo VIII estudia las facultades y las profesiones científicas, y dedica especial importancia a las Escuelas que forman nuestras Facultades.

«Las posibilidades de la Universidad Costarricense», llama el capítulo IX, y en él insinúa con entusiasmo y calor la creación de la Ciudad Universitaria.

«Costa Rica, dice, ha hecho imponderables sacrificios financieros para instalar decorosamente las escuelas públicas hasta en los más apartados villorrios; y su gobierno continúa con firmeza esta política civilizadora de ilimitadas proyecciones. Es proverbial aquí que a cualquier caserío que uno llegue no necesita preguntar adónde está la escuela. Para saberlo basta con poner los ojos

en el mejor edificio de la localidad; y ese es, inequívocamente, el hogar común del pueblo, como que pertenece a sus hijos.»

Termina este capítulo con las siguientes palabras: «La verdadera superioridad consiste en avizorar el porvenir; más que para nosotros, trabajamos para nuestros hijos; ellos como nosotros pasarán; pero la nación de lo vivir perpetuamente de los pensamientos y los actos de todas sus generaciones.»

El capítulo X lo dedica el señor Galdames al profesorado y a la docencia libre, y dice que: «a afianzar el concepto social de la alta cultura se encamina la obligación, impuesta a profesores y estudiantes, de concurrir a la extensión universitaria.»

En el capítulo XII estudia el papel que le corresponde a la Universidad en relación con la vida económica del país, y a la parte que en dicha vida debe tener toda Universidad.

En seguida, se refiere a lo que llama «uno de los más graves problemas de la corporación universitaria»: el patrimonio de la Universidad. Reconoce que, en nuestra América, ante la incompreensión de las clases poseedoras, ha sido el Estado, y nada más que el Estado, el iniciador y dispensador de toda cultura, o poco menos.

El capítulo XIV lo denomina: «La Universidad y la educación común, e insiste en el cumplimiento de la misión orientadora y coordinadora de la educación nacional, que compete en cada país al magisterio universitario; misión de estudio y de preocupación constantes, agrega, acerca de los fundamentos en que esa educación descansa, de la estructura que más le convenga, de las necesidades llamadas a satisfacer y del espíritu que habrá de animarla; todo esto a la luz de la ciencia que en la misma corporación tiene su asilo. Así entendemos, termina, la función inspiradora o de supervigilancia que nuestros mayores fincaron en la Universidad.»

Capítulo especial dedica el señor Galdames a la enseñanza de las ciencias sociales.

Dice: «No es el capricho de la moda ni un azar de las circunstancias lo que ha motivado en el presente siglo el surgimiento de las ciencias sociales y lo que les ha conquistado sitio espacioso en las aulas de la Universidad. Es el conjunto de las necesidades perentorias del bienestar humano lo que principalmente ha impulsado su estructuración y crecimiento, con la expectativa de extraer de ellas fórmulas de solución para los áridos problemas de la ignorancia, el pauperismo, la criminalidad y tantos otros semejantes.»

«La sociología en la Universidad», denomina el señor Galdames al Capítulo XVI de su importante obra. Expresa que la cultura sociológica tiende a universalizarse, y que no sólo es preocupación de los centros universitarios, sino de cuantos laboran en las especializaciones de las ciencias sociales.

En el capítulo XVII el autor presenta un interesante programa de Sociología, con la nunciación de los temas de estudio, agre-

gado cada uno de éstos con un breve sumario, destinado a orientar su desarrollo.

Al sistema de educación nacional destina capítulo especial, y las materias que trata en él son las siguientes: Renovación constante de la educación general. Correlación de todos sus grados. Las reformas parciales y sus peligros. La educación como función social del Estado. Ampliación de la obligación escolar hasta los 16 o los 18 años. Expansión educacional. Democratización de la enseñanza secundaria. Socialización integral de los servicios docentes. Bases orgánicas del plan educacional. 1) el medio geográfico; 2) el factor raza; 3) el proceso histórico; 4) el carácter nacional; 5) la forma política; 6) el progreso social; 7) el bienestar común; 8) los ideales éticos. Subordinación de las bases a los fines. Las finalidades de la educación. Grados y caracteres de la educación general. El problema de la educación secundaria: punto de vista propio. Crítica. Coordinación de la educación nacional. Misión de la Universidad al respecto. En América gobernar es educar.

El penúltimo capítulo de la obra lo dedica el señor Galdames a los métodos universitarios, y da en él especial importancia al estudio del método científico, al concepto de la ley, causa y efecto; a la hipótesis y su valor; a la Universidad y el método científico; a la investigación y sus condiciones; al método de «seminario»; a la labor universitaria en Norteamérica; al método y a la disciplina del alumnado; a la cuestión de la asistencia libre; al bachillerato; a la sanción de la pereza; a la Universidad, su profesorado y sus métodos, según Clemente Estable; y a la síntesis doctrinal.

El capítulo XX, último de la obra, lo llama «La Educación Universitaria», y en él se ocupa de problemas que tienen grande importancia para una Universidad moderna, como son aquellos que se relacionan con la incorporación en ellas del alumnado femenino; con la atención actual del alumnado; con los pensionados universitarios; con los deportes; con la ayuda material y moral al estudiante; con el sentido ético de la educación universitaria, etc.

Termina «La Universidad Autónoma» con los siguientes anexos: I. Mensaje del Ejecutivo al Congreso de Costa Rica, proponiéndole el restablecimiento de la Universidad; II. Proyecto de ley orgánica de la Universidad Nacional de Costa Rica; y III. Breve noticia de las Escuelas e Institutos de la Universidad de Chile.

Con lo escrito, podrá apreciarse—en todo su valor—la obra del señor Galdames hecha con cariño y entusiasmo.

Sólo nos resta felicitar al señor Decano de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile, por su libro que ha de prestar positivos beneficios cada vez que se quiera estudiar a fondo, cualquier tema que diga relación con la enseñanza superior y sus problemas.—A. G. M.

ERNEST FEIL-CHEUFIELD: «Las Deudas Públicas y la Sucesión Estatal».—(Berlín) Profesor de la Universidad de Harvard. New York The Macmillan Company. 1931. 922 pág.

Esta erudita e interesante obra tiene por objeto estudiar los problemas y normas jurídicas que se derivan de las deudas públicas con motivo de cesiones territoriales. Manifiesta el autor, en el prólogo, que el estudio histórico de la cuestión, hace ver

que son escasas las reglas jurídicas aplicables.

Los capítulos I y II estudian la materia antes del año 1790, especialmente las teorías sobre la materia en los clásicos del Derecho Internacional como Grotius, Pufendorf y otros; el capítulo III los tratados que contienen cesiones—1648 a 1790; el capítulo IV las uniones territoriales como Escocia e Inglaterra; y en el capítulo V, la doctrina de los tratadistas de este período como Vattel.

En las partes II, III y IV se estudian las deudas que gravan los territorios o estados cedidos o desaparecidos en los diversos tratados en forma prolija y completa, estudiando el sistema de pago y responsabilidad adoptado por cada uno de ellos.

Se dedica también a Chile un interesante estudio sobre las deudas de los territorios peruanos cedidos a Chile con motivo de la guerra de 1879, y el problema de las deudas que afectaban a los depósitos de guano.

La distribución de las deudas en los tratados de paz que siguieron a la Gran Guerra es la materia tratada extensamente en el capítulo XXI de la obra.

Termina este interesante tratado con las conclusiones y doctrinas que se infieren de los hechos y tratados internacionales analizados; los procedimientos que emplean los Estados en protección de los acreedores y los métodos y medios para solucionar las cuestiones a que dan origen las deudas estatales o territoriales, su pago, etc.

Es un libro que no debe faltar en las bibliotecas de quienes se dediquen a los estudios, enseñanza y práctica del Derecho Internacional.—**Alberto Cumming.**

VICTOR LOEWENWARTER: «Derecho Civil Comparado».—Santiago.

El Dr. Víctor Loewenwarter, profesor contratado de Derecho alemán en la Universidad de Chile, acaba de publicar el to-

mo I de un interesante estudio comparativo del Código Civil alemán y del Código Civil de Chile, muy bien impreso por las prensas de la Universidad de Chile.

Distinguido profesor de Derecho Civil en Alemania, el Dr. Loewenwarter se ha asimilado con sorprendente facilidad las instituciones civiles consagradas por nuestro Código, y ha podido analizarlas cumplidamente en la comparación que de ellas hace con las instituciones análogas del Código Civil alemán.

Principia su trabajo dando una informa-

ción sucinta sobre las ideas características que han precedido a la formación de este Código y que han determinado su contenido y la agrupación de las diversas materias que lo constituyen. El Código Civil alemán es sin duda el esfuerzo jurídico más grande de la ciencia del Derecho del Siglo XIX. El plan del Código Civil alemán se asemeja en parte a las Pandectas: comprende una parte general que forma el libro I, y cuatro libros consagrados al Derecho de las obligaciones, al Derecho de las cosas, al Derecho de familia y al Derecho de las sucesiones. Suprimidas las disposiciones de carácter doctrinal del primer proyecto, la parte general que forma el libro I quedó reducida a disposiciones concretas que miran a la reglamentación de ciertas materias jurídicas que no podían encontrar lugar adecuado en las partes especiales. Esta parte general desempeña, según la feliz expresión del Dr. Loewenwarter, las funciones de un depósito en que se hallan las reglas consagradas a la determinación de los requisitos que deben observarse en cada especie de negocios jurídicos y los elementos integrantes de todo acto o de todo convenio a fin de consultar su eficacia y salvar los defectos o vicios que pudieran producirse en su otorgamiento o fundación. El Dr. Loewenwarter hace ver en su obra la importancia considerable de las disposiciones que en el Código Civil alemán forman este depósito de reglas generales; y presenta con claridad, así las diferencias como las semejanzas que ellas tienen con las de nuestro Código, que se aparten o no del Código francés.

Entra, en seguida, a ocuparse de las «Relaciones obligatorias» que son el objeto del libro segundo, que comprende los Arts. 241 a 853 del Código Civil alemán; y las trata en sus diversos y múltiples aspectos con cabal conocimiento de materia, indicando con prolijidad las ventajas de las mejoras introducidas por el nuevo Código en esta parte tan importante de la legislación civil.

El análisis prolijo y comparativo con las disposiciones de nuestro Código y del Código francés, a que se entrega el autor sobre las diversas materias que constituyen el libro I o parte general y el libro II, pone de manifiesto la importancia de las innovaciones realizadas por el legislador alemán y el progreso que con ellas ha alcanzado la ciencia jurídica.

El Código Civil alemán no es el resultado de las nuevas ideas y de los principios establecidos en el Siglo XX, aunque pueda llamarse Código del Siglo XX por haber principiado a regir el primero de enero de 1900. Se debió al estudio sostenido de todo el siglo anterior y especialmente a trabajos de preparación y redacción perseguidos durante más de veinte años. Es, pues, la manifestación más elocuente del desarrollo alcanzado por la ciencia jurídica desde la promulgación del Código francés. Su estudio, hecho con el criterio que revela la obra del Dr. Loewenwarter, contribuye poderosamente al mejoramiento de la enseñanza del Derecho Civil en nuestra Universidad.—**Luis Claro Solar.**

REVISTAS

EXTRANJERAS

Annales de l'Université de Paris. SUMARIO: Hors-texte: Charles Lyon-Caen; «Séance solennelle de rentrée de l'Université de Paris; Discours de M. Charlety, Président du Conseil de l'Université.—Reception des nouveaux Docteurs Honoris Causa.—P. Collinet: L'interces permanent du Cours de Pandectes.—Chailley-Bert: «Education physique et Université». A. Koyré: «La jeunesse de Galilée».—Vie Scientifique; travaux et Publications.—Chronique de l'Université.

Revista Hispánica Moderna. Boletín del Instituto de las Españas. Año II. N.º 1. Octubre de 1935. Columbia University, New York. SUMARIO: Angel del Río: «Lope de Vega y el espíritu contemporáneo».—S. Putnam: «Benjamín Jarnés y la deshumanización del arte».—A. del Río: «La poesía surrealista de Alexander».

M. P. González: «En torno al centenario de Ricardo Palma».—Libros Nuevos.—Noticias literarias.—«Escritos inéditos de Rubén Darío, escogidos en los diarios de Buenos Aires, por E. K. Mapes».—Bibliografía hispanoamericana.—Notas varias sobre hispanismo.—Actividades del Instituto.

The Geographical Journal. Novem- ber 1935. London. SUMARIO: Prof. W. N. Benson: «Notes on the geographical features of South Western New Zealand».—Dr. G. Stratil Saucr: «From Baiburt via Ispir to Lazistan».—George Sheppard: «The Occidente of Ecuador: a journey from Quito to the Pacific».—Prof. V. A. Obruchev: «The Yabolonovi and Stanovoí ranges in the light of New Data». Colonel W. D. V. O. King: «A further report on the Plomo valley Ice-Dam, Argentina». Three notes on map projections: Colonel Sir Charles Close: «Two-point azimuthal-equidistant projection».—H. J. Andrews: «Note on the use of oblique cylindrical orthomor-

phic projection».—Rev. H. Poole «A map projection for the England-Australia air route».—G. L. Gamlen: «Transport on the river Shire, Nyasaland». K. C. Gandar Dower: «The lake on Mount Kenya».—Reviews.—Monthly record.—Obituary.—Society's notices.—Contents.

Universidad de la Habana. N.º 10. de la revista dedicado Julio-Agosto 1935. a Pasteur y Lope de Vega).—José A. Presno Bastiony: «Lo que debe a Pasteur la Cirugía».—Carlos de la Torre y Huerta: «Descubrimientos químicos y biológicos de Pasteur».—Ricardo Gómez Murillo: «Pasteur y la medicina veterinaria».—Antonio Díaz Albertini: «La rabia y su tratamiento».—Antonio Sánchez de Bustamante y Montero: «Supervivencia de Lope de Vega».—Carmen Suárez Rivas: «Un hombre y una época».—Josefina de Cepeda: «El atormentado espíritu de Lope de Vega».

Tierra Firme. N.º 3. 1935. Madrid. SUMARIO: Luis de Zulueta: «La política exterior de la República».—Ventura García Calderón: «¿Cómo era aquel español?».—Jorge Basadre: «El Perú actual».—W. Ropke: «La economía fascista».—Rodolfo Barón Castro: «Unión y desunión de Centro América».—A. Rosenblat: «Población indígena de América». Documentos.—Notas.

Revista de Filología Española. Tomo XXII. Cuaderno 3.º 1935. Madrid. SUMARIO: J. Nachbin: «Noticias sobre el «Lucidario» español y problemas relacionados con su estudio».—F. Sánchez y Escibano: «Algunos aspectos de la elaboración de la «Philosophia vulgar».—Miscelánea: Jean Sarraih: «La sonorité de la langue espagnole».—Isidro de las Cagigas: «Sobre Galayos».—Stanley Richardson: «Un nuevo romance del Cid».—Leo Spitzer: «Adiciones al articu-

lo «Notas sobre romances españoles».—E. M. Wilson: «El texto de la fábula de Piramo y Tisbe».—de Góngora.—Aurelio M. Espinosa: «La palabra Castilla en la lengua de los indios hopis de Arizona».—Notas bibliográficas.—Bibliografía.

Revista Cubana. SUMARIO: Antoni-
Vol. II. Nos 4, 5 y Marichalar: «De la novela contemporánea». Fco. G. de Valle: «El Padre José A. Caballero».—E. Roig de Leuchsenring y F. González del Valle: «Bibliografía de José Ag. Caballero».—Rafael Alberti: «Lope de Vega y la poesía española contemporánea».—José Varela Zequeira: «En torno al cerebro».—Piedad Maza: «La vida sexual del adolescente».—Raimundo Lazo: «La personalidad de la literatura hispanoamericana».—Eugenio Florit: «Una hora conmigo».—Antonio Oliver Belmás: «Maternidad de la Muerte».—Carlos M. Trelles: «Los poetas cubanos de los siglos XVII y XVIII, agrupados por regiones».—Roberto Verdaguer: «La delincuencia infantil en Cuba».—Rogelio González Ricardo: «La educación del niño campesino».—Expediente de José Martí: Solicitud para ejercer de abogado.—Libros.—Hechos y Comentarios.

Revista Bimestre Cubana. Vol. XXXV. La Habana, Cuba. SUMARIO: Fernando Ortiz: «Los últimos versos mulatos».—J. Conangla Fontanilles: «La naturaleza de las cosas».—Emilia Bernal: «Francisco Agüero y Estrada (El Solitario). Conclusión».—J. Agustín Caballero y Rodríguez: «Sermón fúnebre en elogio del Excmo. señor don Cristóbal Colón».—«Elogio a la inmortal memoria del Excmo. señor don Luis de Las Casas».—Pánfilo Camacho: «José Antonio Saco: Estudio biográfico».—Libros en revista. —Revistas en revista.

Foreign Affairs.—SUMARIO: Hamilton
October 1935. New York. Fish Armstrong: «Power politics and the peace Machinery».—Sir Arthur Salter: «Stabilization and recovery».—Charles Seymour: «American neutrality: The experience of 1914-1917».—Bruce Hopper: «Eastward the course of Soviet Empire».—André Gérard: «France and the Anglo German Naval Treaty».—H. Scaetta: «Geography Ethiopia's Ally».—Robert Gale Woolbert: «Feudal Ethiopia and her army».—W. E. B. Dubois: «Inter-racial implications: a negro view».—Halford L. Haskins: «The Suez Canal in time of War».—Karl Brandt: «Junker of the fore again».—Chester Lloyd Jones: «Roots of the Mexican Church conflict».—Victor Chernov: «Joseph Pilsudski from socialist to autocrat».—A short bibliographie of the ethiopian dispute. —W. H. M.: «Japan's new advance in East Asia».—H. F. A.: «Jugoslavia in transition».—W. O. S.: «Britain budget urpluses and war debts».—William L. Langer: «Some

recents boock on international Relations».—Denis P. Myers: «Source Material».

La Nueva Democracia. Noviembre 1935. Nueva York. SUMARIO: Henry Nelson Wieman: «El sentido de lo ultrahumano».—Victor Raúl Haya de la Torre: «Deslumbramiento y alumbamiento».—Earl Browder: «Comunismo y religión».—Richard Pattee: «La disección psicológica de un teócrata».—Camil von Hulse: «Sobre el tema hebraico».—Miguel de Unamuno: «Salvajería».—Francisco Romero: «Meditaciones neoyorkinas, Un filósofo de la problemática, II».—Luis Alberto Sánchez: «La crisis espiritual en la costa del Pacífico».—Kirby Page: «De cómo emprender la lucha contra la guerra».—Dmitri Ivanovitch: «La musa y el hombre».—«El veredicto de Ginebra», por la Redacción.

América. Publicación del Grupo Montalvo: «Diez años de vida».—Mirador bibliográfico.—Nicolas Jiménez: «La filosofía».—Julio E. Moreno: «El problema de nuestra política educacional».—V. Gabriel Garcés: «La Política Social».—Alejandro Andrade Coello: «El periodismo nacional».—Atanasio Viteri: «El cuento ecuatoriano moderno».—Manuel Moreno Mora: «La crítica literaria en el Ecuador».—Gonzalo Escudero: «Poemas».—Hipatia Cárdenas de Bustamante: «Sueño de Amor».—Miguel Ángel Albornoz: «Maestro y amigo».—Oscar Efrén Reyes: «Dos instantes de la vida de Montalvo».—José Alfredo Llerena: «América, continente de la palabra».—Emilia Bernal: «Poemas, Saludo al Ecuador».—José de la Cuadra: «Palo e' balsa».—Comentario de la prensa.—Augusto Arias: «Discurso en la inauguración de la Exposición del Libro Hispanoamericano».—Hugo Moncayo: «Discurso en la velada del Teatro Sucre».—Remigio Romero y Cordeiro: «El libro hispano-americano».—Alfredo Martínez: «Palabras en la clausura de la Exposición».—Verdictos del concurso nacional de literatura.—Acuerdos, decretos y otros documentos relacionados con el certamen del Libro.—Notas marginales.

World Order. December: 1935. New York. Number 9. Vol. I. SUMARIO: N. F. Ward: «Cycles of Civilization».—Stanton A. Cobb: «This planetary Task (poem)».—Stanton A. Cobb: «World Insanity-Is there a cures?».—Winifred Duncan: «Expression of group life».—Bahá 'U' Llah: «The testimony of Providence».—Ruhí Afán: «Orient's contribution to civilization».—Alice Simmons Cox: «Resurrection», (poem).—«The story of Islam», by Zia M. Bagdali.—Mayne Setto: «The Science of Right Living».—Doris Holley: «Preyer» (poem).—Bertha Hude Kirpatrick: «Social trends in American Life».—The World issue of race (editorial).

Revista del Archivo Nacional del Perú. Tomo VIII. Entrega II. Lima. Perú.

SUMARIO: Horacio H. Urteaga: «Pedro Cieza de León».—Domingo Angulo: «Exequias de Carlos V en la ciudad de los Reyes».—«Información de los servicios del Capitán Martín Ruiz de Marchena, 1554» (continuación).—Domingo Angulo: «El cedulaario Arzobispal de la Arquidiócesis de Lima» (continuación).—Beltrán T. Lee: «El General Francisco Velásquez Vela Núñez».—Índice del Archivo Nacional del Perú.—Sección Derecho indígena y Encomiendas.

Revista Rotaria. Tomo V. N.º 6. Diciembre. Chicago.

SUMARIO: Paul P. Harris: «Mi próximo viaje a Sudamérica».—Abate Ernesto Dimmet: «Conocidos».—William Trufant Foster y Morris Fishbein: «¿Quién debe pagar el médico?».—Norman Haggood: «Patronos y empleados».—Horacio Navarrete: «Un concurso útil e inspirador».—Jacques Edouard Chable: «Un pueblo con cuatro idiomas».—Juan Andueza L.: «Entre peñascos y oleajes».—Comentarios editoriales.—Por el mundo rotario.

Cruz y Raya. Núm. 31. Octubre - 1935. Madrid.

SUMARIO: P. L. Landsberg (Traducción de E. Imaz): «Reflexiones sobre Unamuno».—Vicente Slas Viu: «Más o menos música española».—«Keats» (Traducción de José María Souviron y Olivia Price de Souviron).—M. von Lenhossek, traducción de E. Imaz: «Santiago Ramón y Cajal (1852-1934). El árbol y el fruto».—Arte Bélico—La guerra terrestre», por Carlos Martínez de Campos.

Cultural Nippon. Vol. III. N.º 3. October, 1935. Tokyo. Japan.

SUMARIO: Manifesto.—C. Fujisawa: The meaning and of Ho-jinism».—J. P. Hanchecorne: «Notes e impresiones sur la musique japonaise».—M. Ishikawa: «A study of intermarried japanes families in U. S. A.».—Albert von Holdelfer: «Das Ende der normativen Padagogik».—Mrs. Hazel H. Gorham: «Comparison of the occidental and Oriental concept of flowers and gardens».—Madame Kiyoko Taniguchi: «Les quatre saisons de Japon».—G. Venkatachalam: «Ajanta, the glory of Indian Arte».—Miss Fumiko Saisho: «Definition of the sentimentality Japanes classics».—R. Ponsomby: «Shisangan».—Activities of Nippon Bunka Renmei.

Universidad de Antioquia. Núm. 5. Oct. y Nov. 1935. Medellín. Colombia.

SUMARIO: Julio César García: «La Universidad de Antioquia».—Dr. José Félix de Restrepo.—Carlos E. Restrepo: «Dr. José Félix de Restrepo».—Alfonso Castro: «Con nuestras ideas».—Joaquín Vallejo: «Metafísica escolástica y metafísica crítica».—Félix Henao Botero: «Henri Berg-

son y la filosofía cristiana».—Alfonso Mora Naranjo: «Porfirio Barba Jacob».—Antonio García: «Apuntes sobre el movimiento sindical colombiano».—José Ignacio González: «Breves apuntamientos para un curso de historia literaria de Colombia».—Gerardo Arias Mejía: «Ley de deudas particulares».—Francisco E. Tobar: «Observaciones sobre la ley de registro y matrícula de la propiedad».—José J. Sierra: «El alumbrado público de Medellín».—Blanca Isaza: «Elegía filial».—J. M. Bravo Márquez: «Notas internacionales».—Vida Universitaria.

Boletín de la Academia Argentina de Letras. Tomo III. Julio-Diciembre. 1935 Nos. 11-12. Buenos Aires.

SUMARIO: Carlos los Obligado: «Discurso en la recepción de don Rafael Alberto Arrieta».—Rafael Alberto Arrieta: «El libro de versos en la cultura argentina. (Discurso de recepción)».—Carlos Ibaguren: «Discurso en la recepción del señor B. Fernández Moreno».—B. Fernández Moreno: «Vida y desaparición de un médico». (Discurso de recepción).—Carlos Ibaguren: «Discurso en la recepción del señor Rodrigo Octavio».—Martiniano Leguizamón: «Joaquín V. González» (Xeuicis Tirso).—Sigfrido Radaelli: Manuel Domínguez (nota necrológica).—«En memoria de don Calixto Oyuela».—Miscelánea.—Luis Alfonso: «Acerca de un pasaje de Berceo».—Antonio Serrano: «Origen del vocablo «Nogoyá»».—Bibliografía del señor Rafael Alberto Arrieta.—Bibliografía del señor B. Fernández Moreno.—Notas bibliográficas.—K. Vossler: Amado Alonso, El problema de la lengua en América.—E. F. T., Rufino José Cuervo, el castellano en América.—Textos y documentos.—Cartas de Sarmiento. I. Políticas (continuación).—Bibliografía.—Acuerdos.—Noticias.—Reglamento Interno. Abreviaturas.—Índice del tomo III.

Anales de la Universidad Central Tomo LV. N.º 293 1935. Quito. Ecuador.

SUMARIO: Informe presentado por el Rector al Ministro de Educación.—Juan Yépez del Pozo: «El hombre, la Sociedad y la ley (tesis doctoral)».—P. Pawlik: «Rasgo esencial del alma alemana visto por el francés Luis Reynaud, profesor de la Universidad de Lyon».—José M. Portilla y Leopoldo Arcos: «Distrofia total».—Carlota Félix de Garcés: «La conferencia de M. Dougall».—«Contribución al estudio de la tuberculosis en el Ecuador».—Segundo León V.: «Excavaciones de tolas realizadas en la región de Intag».—Crónica universitaria.

Boletín de la Unión Panamericana. Diciembre 1935. Washington.

SUMARIO: Dr. Alfonso Pruncea: «El 7.º Congreso Panamericano del Niño».—Eduardo A. Salgado: «La carretera central del Perú».—Rowna Hansen: «La enseñanza del niño en el hogar».—Dr. Alan K. Manchester: «Algunos historiadores coloniales brasileños» (II y última

parte).—Antonio Esteban Navarro: «A través de Mendoza».—Morley A. Jull: «El éxito en la cría de pollos».—Notas de la Unión Panamericana: Biblioteca de Colón.—Progreso Panamericano: Mensaje del Presidente de Colombia.—Mensaje del Presidente de México.—(En la bibliografía se citan las siguientes obras chilenas: «Prat», por Luis Adán Molina.—Biografía de don Crescente Errázuriz, por Carlos Fernández Freite.—Hijos Ilustres de Chillán, por Domingo Amunátegui Solar.—Ensayo de bibliografía de la literatura chilena, por Arturo Torres Riosco y Raúl Silva Castro.—Andrés Bello, por Eugenio Orrego Vicuña.—La Universidad de Chile, por Luis Galdames.—La Patria Vieja, por Augusto Orrego Luco).

Otras publicaciones extranjeras recibidas

«Investigación y Progreso», de Madrid.—«El Monitor de la Educación Común, de Buenos Aires.—Boletín de la Academia Venezolana Corresponsiente de la Española.—«Zoológica», de Nueva York.—«Hermes», revista mensual de cultura masonica, de Managua.—Boletín del Archivo General de la Nación, México.—«La Odontología Ecuatoriana», Guayaquil.—«Jurídicas y Sociales», Buenos Aires.—«Bulletin du Laboratoire de Plasmogénie», México.—«La Filotécnica», de Milán.—«Boletín Mensual de Informaciones Económicas y Sociales», Roma.—«Boletín Mensual de la Sociedad de las Naciones», Ginebra.—«Revue de Chirurgie Strative», Bruxelles.—«Belgique-Annerique Latine», bulletin d'informations commerciales et financières, Bruxelles.—«Journal of Science of the Hiroshima University», Hiroshima, Japón.—«La Literatura Argentina», revista bibliográfica, Buenos Aires.—«Revista Telefónica Argentina», Buenos Aires.—«Boletín mensual de Estadística Agropecuaria», Buenos Aires.—«Boletín del Ministerio de Agricultura de La Nación», Buenos Aires.—«La Fraternidad», Madrid.—«Boletín de información, serie A., (Síntesis de la prensa americana), de la Casa de América, Barcelona.—«Revista de la Escuela Normal de Maestras», San Salvador.—«El Libro y el Pueblo», México.—«Claridad», de Buenos Aires.—«Comptes rendus hebdomadaires des séances de l'Académie des Sciences», París.—«Boletín del Instituto Internacional Americano de Protección a la Infancia», Montevideo.—«América Española», Cartagena de Indias, Colombia.—«Boletín de Filosofía e Historia», Montevideo.—«Revista Universitaria» (Número dedicado al Ejército argentino), Buenos Aires.—«Ecuador», Caracas.—«Medicina y Cirugía de Occidente», Guadalajara, México.—«Boletín de la Oficina Sanitaria Panamericana», Washington.—«Revista Universitaria», Trujillo, Perú.—«Boletín mensual del National City Bank, New York.—«La Idea», publicación espiritista, Buenos Aires.—«Proceedings of the National Academy of Sciences», Washington.—«Revista da Escola Militar», Río de Janeiro.—«Le Monde Medical», París.—«Bulletin Mensuel de Statistique Agricole et commerciale de Roma».—«Cultura Nacional», de Caracas.—«Revista Parlamentaria», de Buenos Aires.—«Folia Ophthalmologica Orientalia», de Jerusalem.—«Boletín estadístico e informativo de la Caja Nacional de Ahorro Postal», Buenos Aires.—«Forschungen und Fortschritte», de Berlín.—«School of Education Bulletin», University of Michigan.—«Revista de Leprología» de Sao Paulo.—«Revista de la Universidad Nacional de Córdoba», República Argentina.—«La Prensa Médica Argentina», de Buenos Aires.—«El Maestro Rural», de México.—«Acción Sindical», de Montevideo.—«The Journal of the Institution of Electrical Engineers», Londres.—«Ibero-América», órgano de la Asociación de Estudiantes latino-americanos de Berlín.—«Revista de Ingeniería Industrial», de Madrid.—«Revue Scientifique», de París.—«Revista Sudamericana de Endocrinología, Inmunología, Quimioterapia», de Buenos Aires.—«Revista de Educación», de Santo Domingo, Rep. Dominicana.—«Revista Industrial de México.—«Revista de Instituto do Café», de Sao Paulo.—«The Ohio Journal of Science», Ohio, Estados Unidos.—«Business Conditions in Argentina», Buenos Aires.—«Tribuna del Magisterio», de Buenos Aires.—«Philippine Commonwealth», de Chicago.—«Bulletin of the Chemical Society of Japan», Tokyo.—«La Nueva Economía», de Lima.—«Archivos Latino-Americanos de Cardiología y Hematología», de México.—«Revista del Archivo y Biblioteca Nacionales», de Tegucigalpa, Honduras.—«U. G. B.», revista de cultura moderna, de México.—«Boletín del Instituto Nacional Mejía» de Quito.—«Revista Panameña de Contabilidad», de Panamá.—«Boletín de Estadística del Excmo. Ayuntamiento de Bilbao».—«Revue de Droit International», Genève, Suisse.—«Revista del Colegio de Abogados del Estado Zulia», Maracaibo, Venezuela.—«Revista da Facultad de Direito», Sao Paulo, Brasil.—«Boletín del Ministerio de Educación y Justicia», Asunción, Paraguay.—«Revista Internacional del Trabajo», de Madrid.—«Revista de Derecho Internacional», de La Habana, Cuba.—«Revista del Colegio de Abogados de Buenos Aires».—«Boletín del Comité de Abogados de los Bancos de la Capital Federal», de Buenos Aires.—«Gaceta Judicial de la Corte Suprema de Justicia», Bogotá.—«Revista de la Facultad de Ciencias Económicas, comerciales y políticas», de la Universidad Nacional del Litoral, Rosario.—«Cfo», revista de la Academia Dominicana de la Historia, Revista Académica da Facultad de Direito do Recife», Brasil.—«Noticiero Semanal», del Ministerio de Relaciones Exteriores, México.—«Annales de l'Université de Lyon».—«Bulletin of the Institute of Physical and Chemical Research», Tokyo.—«Scientific Papers of the Institute of Physical and Chemical Research», Tokyo.—«Boletín Trimestral del Comercio Especial del Perú», Callao.—«Boletín del Archivo Nacional», de Caracas.—«Archivos de la Universidad de Buenos Aires».

res».—«El Economista», de Madrid.—«Trabajos de Seminario», de la Facultad de Ciencias Económicas, Comerciales y Políticas», de Rosario, Rep. Argentina.—«Derecho», revista del Colegio de Abogados de Medellín, Colombia.

NACIONALES

Revista de Arte. SUMARIO: «Pro y Año. II. N.º 7.— contra en el arte» 1935. Santiago. (editorial).—R. de Dominici: «Pinacosco-

pia».—E. Lira Espejo: «Americanismo musical».—O. Prager: «Estética de los jardines».—Simek Vogik: «Música Checa».—J. del Campo: «El Santuario de Andacollo».—J. Zamudio: «Destapar Santiago».—Dr. Weidler: «Como dar mayor atracción a los museos».—Crónica artística: Salón Oficial-Plástica-Música-Danza-Cine nacional y del extranjero. Libros. Revistas y Discos.—Anexo musical: «Caricia», por René Amengual Asaturuaga.

Revista de Ciencias Penales. Año I. Cuello Calón: «El delito de hecho penal de las dictaduras».—Dr. Luis Reyna Almandos: «La identificación dactiloscópica y las ciencias jurídico-sociales».—«La personalidad y la obra de Juan Vucetich».—Quintiliano Saldaña: «El pícaro en la literatura y en la vida españolas».—Juan Maluenda Campos: «Evolución de la pena».—Enrique Boheler: «La penalidad por analogía en Alemania».—Legislación: Francia-Proyecto de Código Penal.—Jurisprudencia: «Cheques sin fondos-Recurso de amparo-Confesión del hecho punible-Incendio-Tramitación de los procesos por injurias».—Aplicación de la pena-Aborto.—Jurisdicción en gestiones tendientes a asegurar la responsabilidad civil.—Informes médico-legales: «Sobre un simulador», por los Doctores Waldo Iturra, Arturo Vivado y Fernando Allende.—Bibliografía.

Revista de Asistencia Social. Tomo IV. N.º 4. Diciembre. 1935. Santiago. SUMARIO: El cuarto Congreso chileno de Asistencia social. Conclusiones del cuarto Congreso.—Leo de Bray y Raquel Braga: «El servicio social en Chile y su porvenir».—Guillermina Gronemeyer: «Necesidad del servicio social en la Asistencia de las grandes industrias».—Octavio Astorquiza: «Necesidad del servicio social en las grandes industrias».—Luis Gajardo: «Formación del personal directivo de los hospitales».—Isauro Torres: «Preparación del personal directivo de los hospitales».—Gustavo Fricke: «Protección social a la ancianidad».—Sótero del Río: «Organización que debe darse en Chile a la salubridad pública».—Victor Grossi: «¿Qué organización debe darse en Chile a la salubridad pública?».—Teodoro Gebauer: «Reeducación profesional de inválidos del trabajo».—Isauro Torres C.

Reeducación» de inválidos del trabajo».—Waldemar E. Coutts: «Contribución al problema de organización de la lucha antivenérea en Chile».—Tulio Banderas B.: «Forma en que debe abordarse el problema de las enfermedades venéreas».—Victor Grossi y Raquel Braga: «Prevención de la ceguera».—Samuel Gajardo: «La protección social del niño abandonado y delincuente».—Luis Calvo Mackenna y Santiago Muzzo Pons: «Aspectos sociales de la hospitalización del lactante».—Amfbal Ariztia: «Orientaciones sobre el problema de la asistencia médico-social del Niño».—Humberto Ricchiones: «Orientaciones sobre el problema médico social del niño».—Manuel Araya V.: «La cesantía en Chile».—Manuel Noguera P.: «La cesantía en Chile».—José Vizcarra: «Conveniencia económica y técnica de la fusión de los seguros sociales».—Julio Bustos: «Unificación de la previsión social».—Enrique Lavall: «Que es un Hospital moderno».—Antecedentes. Sesiones del Congreso.—Día Nacional del Hospital.—Su celebración en 1935.

Atenea. Año XII.— SUMARIO: «Puntos Tomo XXXII. N.º de Vista».—Domingo 1 2 6. Diciembre. Melfi: «El drama del 1935» Concepción. escritor».—Julio Supervielle: «El buey y el asno del pesebre».—Sixto C. Martelli: «La casa nueva de la justicia».—Chela Reyes: «Tarde».—Aída Moreno Lagos: «Vivir».—Antenor Orrego: «La gran trayectoria política de Latino-América».—Doctor Carlos Charlín Correa: «Tríptico».—Jorge Gustavo Silva: «El verdadero derecho de propiedad y la verdadera esclavitud».—Bibliografía. Sesiones. El mes artístico. Notas del mes. Índice del año 1935.

Boletín de la Sociedad de Biología de Concepción. SUMARIO: Holtheuer T., Arnoldo: «Frecuencia y formas anatómo - patológicas de la tuberculosis pulmonar del adulto en la provincia de Concepción».—Versin C. Miguel: «Histo-patología de la piel en el tífus exantemático y su relación con los nervios intercostales y ganglios intervertebrales».—Oyarzún B., Rubén: «Alteraciones histo-patológicas del nervio vago y su ganglio nudoso en el tífus exantemático».—Weldt David, Jorge: «Contribuciones al estudio de la Antropología chilena. IV. Sobre el relieve del paladar en 100 individuos de la población de Concepción».—Barroso Cid, Rogelio y Vera Ogalde, Carlos: «Sobre la anatomía microscópica y la histogénesis de las crestas palatinas en el hombre y en algunos mamíferos».—Estado de la biblioteca.

Revista Chilena de Historia y Geografía. Tomo LXXVIII. N.º 86. Sept. - Dic. 1935. Santiago. SUMARIO: Carlos A. Abel: «Sobre la posibilidad de establecer un servicio aéreo regular entre Puerto Montt y Magallanes».—Adolfo Escobar: «Contribución al estudio de la protección meteoroló-

gía».—

gica de la línea aéreo postal a Magallanes.—Antonio Varas H.: «Reminiscencias históricas y diplomáticas».—Eugenio Pereira Salas: «La misión Bland en Chile».—Carlos Vicuña: «Semblanza de don Emilio Vaisse».—Luis Amesti: «La divisa vizcaína y su evolución».—«La población botánica y zoológica de las islas chilenas del Pacífico», por Carlos Skottsberg.—Carlos Tomás Vicuña: «Índice de la Historia General de Chile de don Diego Barros Arana».—Actas del Cabildo de Santiago, 1711.—Gustavo Opazo M.: «Orígenes de las familias del antiguo obispado de Concepción».—P. E. de Moeschbach: «Vida y costumbres de los araucanos en la segunda mitad del siglo XVI».—Bibliografía.

Anales del Instituto de Ingenieros. SUMARIO: Necrología: don Carlos Aguirre Luco.—Don Juan 11-12. 1935. Santiago. Ignacio García Vergara.—Política Eléctrica Chilena.—Eduardo

Barriga: «El Ferrocarril longitudinal entre Calera y Serena».—Unión Sudamericana de Asociaciones de Ingenieros.—Discurso de Don H. Marchant en los funerales del señor Carlos Aguirre Luco.—Caja Nacional de Empleados Públicos y Periodistas.—Índice Anual.

Revista de Derecho SUMARIO: Dr. Segundo V. Linares: Año III. N.º 13. Universidad de Concepción. «Contratos de adhesión».—Dr. Loewenwarter: «Responsabilidad limitada e ilimitada».—Raúl Rettig G.: «Tomás Hobbes. La filosofía jurídica» (conclusión).—Alfredo Larenas: «El patrimonio reservado de la mujer casada, según la nueva legislación».—(Conclusión).—Luis Herrera Reyes: «Sociedades anónimas-Estudio institucional en el derecho vigente».—Notas al margen.—Helmuth H. Brunner N.: «Algunas consideraciones sobre la justicia administrativa en el tercer Reich».—Rolf F. Siebel: «Academia Internacional de derecho comparado».—Jurisprudencia.—Leyes y Decretos.

Boletín del Museo Nacional. Tomo XIV. 1935. Santiago. SUMARIO: (Número dedicado a una excursión científica al territorio del Aysen). Ricardo E. Latcham. Director del Museo: «Relato del viaje al Aysen» y «La glaciación del valle de Nirehuau».—Humberto Fuenzalida: «Observaciones geológicas del Territorio del Aysen».—Enrique Ernesto Gigoux: «Zoología del Aysen».—Marcial R. Espinosa B.: «Plantas del Aysen».—Dr. Emilio Ureta R.: «Entomología del Territorio del Aysen».—Necro-

logía: «Profesor don Francisco Fuentes Maturana». «Don Guillermo Macqueen Sutherland».

Previsión Social. SUMARIO: Gustavo Boletín del Departamento de P. S. Año II. N.º 9. Nov.-Dic. 1935. SUMARIO: Gustavo Pérez Besoain: «La queja no es un recurso».—Dr. Jorge Mar- dones Restat: «El aspecto económico del problema de la alimentación en Chile».—Francisco Pérez Lavín: «Las sociedades mutuales ante el seguro social».—E. Waugh Rojas: «El problema sanitario de la leche».—Dr. José Vizcarra: «Conveniencia económica y técnica de la fusión de los seguros sociales».—Información nacional: «Caja de Seguro Obligatorio de Enfermedad e Invalidez».—Caja Nacional de Empleados Públicos y Periodistas.—Régimen de Empleados Particulares.—Accidentes del trabajo y enfermedades profesionales.—Sección Accidentes del Trabajo de la Compañía de Seguros «Sol de Chile».—La previsión social en el extranjero.

Anales de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales. SUMARIO: Sobre el primer número de los Anales (editorial).—Universidad Juan Andueza L.: Las leyes de esterilización».—N.º 1 y 2. 1935. —Santiago Macchia- vello Varas: «Estudio económico sobre la industria del azufre en Chile».—Aníbal Bascañán: «Lección inaugural del Curso de Historia del Derecho».—Víctor Loewenwarter: «Del orden público en relación con el Código Bustamante».—Enrique Escala Barros: «Bello y el Código Civil Chileno».—Comentarios acerca de la obra «Don Andrés Bello» de Eugenio Orrego Vicuña.—Julio Heise González: «Las doctrinas económicas de Werner Sombart I.». Jorge Gustavo Silva: «Síntesis del Georgismo».—Eugenio Orrego Vicuña: «Sociedad de Naciones Americanas».—Trabajos de Seminario.—Bibliografía sobre establecimientos de Comercio, por Enrique Escala Barros.—Bibliografía.—Libros y Revistas.

Servicio Social. SUMARIO: Dr. L. Año IX. 1935. N.º 4. Santiago. SUMARIO: Dr. L. Córdoba: «Legislación y Asistencia Social en Chile».—Dr. Leonardo Guzmán: «Labor que corresponde a la visitadora social en la lucha contra el cáncer».—L. de Bray: «¿Hace Ud. servicio social?».—B. Cereceda de L.: «Los núcleos agrícolas de la Caja de Seguro Obligatorio».—M. Olga Aguiló: «Tres meses de servicio social en la Empresa de los Ferrocarriles en Concepción».—B. Carreño: «Estudio de la situación de una familia».—Dr. L. Vervaeck: «El tratamiento de los toxicómanos examinado desde el punto de vista social y penal».—Valentina Maidagán: «Importancia de la psicología en el servicio social».—Crónica.

Anales de la Facultad de Biología y Ciencias Médicas de la Universidad de Chile. 1934. tomo II. 1935.

SUMARIO: Segunda semana de la experiencia quirúrgica.—Nómina de adherentes.—Primera sesión: «Traumatismos craneo cerebrales». — Discurso. — Relatores. — Comunicaciones.—Segunda sesión: «Cirugía de la vesícula biliar». Relatores.—Comunicaciones.—Tercera sesión: Relatores.—Comunicaciones.—«Cirugía del empiema pleural». Cuarta sesión: «Cirugía de urgencia».—Comunicaciones.—Primer Congreso Nacional de Pediatría: Primera sesión: Discurso inaugural.—Primera sesión: Trabajos sobre la lucha antisifilítica en el lactante.—Segunda sesión: Trabajos sobre la sífilis del escolar y sobre las neuro y psicopatías de la infancia.—Tercera sesión: Hospitalización de los lactantes.— Cuarta sesión: Trabajos sobre enfermedades de la infancia.—Informe de la comisión de conclusiones.

Otras publicaciones nacionales recibidas:

«Técnica y Cultura», revista de la Escuela de Artes y Oficios, Año II, N.º 3, Santiago.—«Boletín de la Contraloría General de la República», año VIII, Julio-Diciembre,

1935. Santiago.—«Boletín de la Sociedad Agrícola del Norte», Diciembre, 1935, La Serena (año 23, N.º 11).—«Boletín Médico de la Caja de Seguro Obligatorio», año II, N.º 19, Santiago.—«Anuario del Observatorio Astronómico», 1935, Santiago.—«Magazine del Automóvil Club», Año IV, N.º 47. Santiago.—«Actes de la Société Scientifique du Chili», tomos XXXVII-XLII (1927-32), 1935, Santiago.—«Seguridad», revista de la Sección de Accidentes de la Caja de Ahorros, N.º 7, Dic. 1935, Santiago.—«Boletín Municipal de la Ciudad de Santiago», Año XII.—«Medicina Social», Año I, N.º 12, Valparaíso.—«Boletín del Ministerio de Hacienda».—«Boletín del Comercio Minorista», año I, N.º 7, Concepción.—«Boletín Mensual del Banco Central de Chile», N.º 94, Santiago.—«Estadística Chilena», Año VIII, N.º 12, Santiago.—«Memorial del Ejército de Chile», año XXVIII, 2.º semestre, Nov.-Dic. 1935.—«Boletín Minero de la Sociedad Nacional de Minería», año LI, vol. LXVII, N.º 428, Santiago.—«Boletín de Minas y Petróleos», Tomo V, N.º 53, Santiago.—«Industria», boletín de la Sociedad de Comercio Fabril, Año 52 N.º 12, Santiago.—«Acción Social», órgano de la Caja de Seguro Obrero Obligatorio, Dic., 1936, Santiago.—«Memorial Técnico del Ejército de Chile», año III, N.º 13, Santiago.